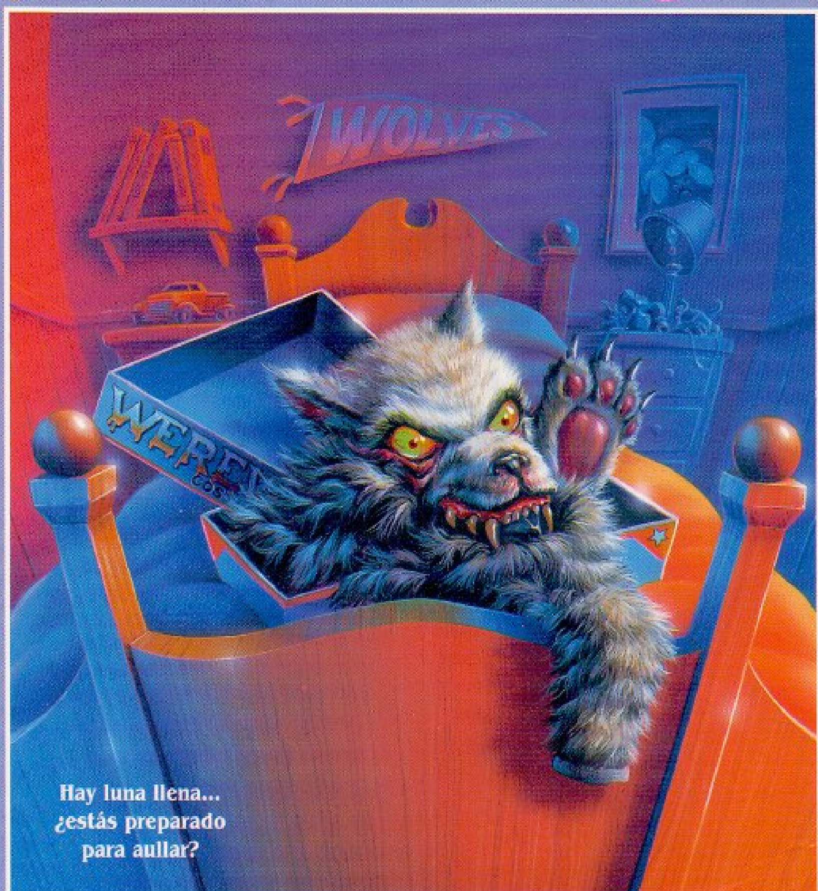
R. L. STINE

Pesadillas®

El misterio de los hombres lobo



Tío Colin y tía Marta son dos fotógrafos profesionales que viven en el Arroyo del Lobo. Siempre se han portado muy bien con su sobrino Alex. Sólo le piden dos cosas: que no vaya al bosque por la noche y que no se acerque a la misteriosa casa vecina.

¡Pobre Alex! Sólo quería hacer algunas fotografías. Pero ahora está a punto de descubrir el terrorífico secreto del Arroyo del Lobo. En una noche de luna llena…



R. L. Stine

El misterio de los hombres lobo

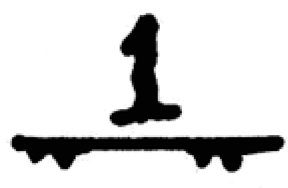
Pesadillas - 58

ePub r1.0
javinintendero 22.08.14

Título original: *Goosebumps #60: Werewolf Skin*
R. L. Sine, 1997
Traducción: Abel Debritto Cabezas y Mercé Diago Esteva

Editor digital: javinintendero
ePub base r1.1





Al bajar del autobús, miré a lo lejos con los ojos entrecerrados. Me los cubrí con la mano e intenté divisar al tío Colin y a la tía Marta en el aparcamiento.

No recordaba su aspecto, pues no los había visto desde que tenía cuatro años, y ya habían pasado ocho desde entonces.

La estación de autobuses de Arroyo del Lobo era muy pequeña. Parecía una minúscula chabola de madera en el centro de un enorme aparcamiento. Así pues, sabía que los vería.

—¿Cuántas maletas llevas? —resopló el conductor del autobús. A pesar de que era octubre y hacía frío, tenía una mancha de sudor en el uniforme gris.

—Sólo una —respondí. Yo era el único pasajero que se apeaba en Arroyo del Lobo.

Vi una gasolinera y varios establecimientos pequeños al otro lado de la estación. Más allá estaba el bosque. Los árboles despedían los destellos amarillos y marrones de las hojas que todavía no habían caído. Remolinos de hojas secas corrían por el aparcamiento.

El conductor del autobús gruñó mientras subía la puerta del compartimiento del equipaje, de donde sacó una maleta negra.

—¿Esta es la tuya, muchacho?

—Sí, gracias —asentí.

Soplaba un viento helado y comencé a tiritar. Me pregunté si mamá y papá habrían puesto suficiente ropa de abrigo en la maleta. ¡Lo habían preparado todo tan deprisa!

No tenían previsto emprender un viaje de negocios al extranjero

antes de Halloween. Tenían que ir a Francia y necesitaban que alguien cuidara de mí durante una o dos semanas. O tal vez más. ¡Mis tíos habían sido los afortunados!

Me colgué al hombro la cámara. Durante todo el trayecto en autobús llevé la cámara en mi regazo porque no quería que fuese dando tumbos en el maletero. De todas mis pertenencias, la cámara es la que más me gusta. Voy a todas partes con ella, y casi nunca la pierdo de vista.

El conductor me acercó la maleta y cerró con fuerza la puerta del maletero. Acto seguido, se dispuso a subir al autobús.

—¿Vendrá alguien a buscarte?

—Sí —repliqué a la vez que volvía a escudriñar hacia el aparcamiento para ver si el tío Colin y la tía Marta habían llegado.

Una furgoneta azul cubierta de barro llegó a toda velocidad al aparcamiento. Sonó la bocina. Vi que me saludaban con la mano desde la ventanilla del acompañante.

—¡Son ellos! —le dije, pero el hombre ya había subido al autobús y había cerrado la puerta. El conductor lo puso en marcha y se alejó.

—¡Alex, hola! —gritó la tía Marta desde la furgoneta.

Con la maleta en la mano me dirigí hacia ellos. La furgoneta se detuvo en seco, emitiendo un chirrido. El tío Colin salió del lado del conductor, mientras que la tía Marta vino corriendo del otro lado.

No los recordaba en absoluto. Creía que serían jóvenes y de pelo oscuro, pero parecían muy viejos. Eran altos y delgados. Mientras se acercaban, pensé que me recordaban a dos saltamontes escuálidos con mechones de pelo cano.

La tía Marta me abrazó con fuerza. Tenía los brazos muy huesudos.

—Alex, ¡me alegro tanto de verte! ¡Qué bien que hayas venido! —exclamó. Se separó rápidamente y retrocedió unos pasos—. Lo siento. ¡Te estoy aplastando la funda de la cámara!

—No, es una funda muy resistente —respondí agitándola de un lado para otro—. No pasa nada.

El tío Colin me estrechó la mano sonriendo. Su pelo cano y ondulado se movía con la brisa. Tenía las mejillas sonrojadas y marcadas, quizá debido al paso del tiempo.

—¡Cómo has crecido! —dijo—. Tendré que llamarte señor Hunter en lugar de Alex.

Me reí.

—Nadie me llama señor Hunter… todavía —le expliqué.

—¿Qué tal el viaje en autobús? —me preguntó.

—Muy movidito —respondí—. ¡Creo que el conductor no ha esquivado ni un solo bache de todos los que había en la carretera! Y el hombre que estaba a mi lado no dejaba de hipar.

La tía Marta se rió entre dientes.

—Parece que te lo has pasado bien.

El tío Colin bajó la vista y observó la funda de la cámara.

—¿Te gusta hacer fotos, Alex?

—Sí —asentí—. Me gustaría ser fotógrafo. Como vosotros.

Sonrieron abiertamente. La idea parecía agradarles. Sin embargo, la sonrisa del tío Colin desapareció de inmediato.

—Es difícil ganarse la vida así —explicó—. Hay que viajar mucho. Nunca pasamos mucho tiempo en el mismo lugar.

La tía Marta suspiró.

—Por eso no te hemos podido ver en todos estos años. —Me volvió a abrazar.

—Me gustaría ir con vosotros a hacer fotografías —comenté—. ¡Estoy seguro de que podéis enseñarme muchas cosas!

El tío Colin se rió.

—Te enseñaremos todos nuestros trucos.

—Vas a quedarte dos semanas por lo menos —añadió la tía Marta—. Tendremos tiempo de sobra para darte clases de fotografía.

—¡No si nos quedamos para siempre en este aparcamiento! —exclamó el tío Colin. Colocó mi maleta en la parte trasera de la furgoneta con un resoplido.

Subimos al vehículo. Al cabo de unos segundos ya habíamos salido de la estación de autobuses y nos dirigíamos hacia el pueblo.

Pasamos por delante de una oficina de correos, una tienda de comestibles y una tintorería. Cruzamos una calle y ya comenzamos a atravesar el espeso bosque.

—¿Eso es todo? —pregunté sorprendido.

—Alex —respondió la tía Marta—, acabas de realizar una visita

completa: Ya conoces todo el pueblo llamado Arroyo del Lobo.

—Espero que no te aburras en un pueblo tan pequeño como éste —añadió el tío Colin mientras giraba el volante de la furgoneta para seguir la carretera llena de curvas.

—¡De ningún modo! —exclamé—. Quiero explorar el bosque.

Soy un chico de ciudad. Casi nunca veo árboles. Había pensado que entrar en un bosque sería como visitar otro planeta.

—¡Gastaré cien carretes de fotos en el bosque! —sentencié. La furgoneta iba dando tumbos, por lo que me golpeé la cabeza con el techo.

—¡Ve más despacio, Colin! —le reprendió la tía Marta. Se volvió hacia mí—. Tu tío sólo conoce una velocidad… la velocidad de la luz.

—Hablando de luz, te enseñaremos algunos trucos para sacar fotos al aire libre —declaró el tío Colin mientras pisaba más a fondo el acelerador.

—Me he inscrito en un concurso de fotografía donde vivo —les dije—. Quiero sacar una buena foto de Halloween. Una imagen excepcional para poder ganar el concurso.

—¡Oh, no hay problema! Todavía faltan algunos días para Halloween —explicó la tía Marta mientras miraba a mi tío. Se volvió de nuevo hacia mí—. ¿De qué quieres disfrazarte en Halloween, Alex?

No tenía ni que pensarlo. Ya lo había decidido.

—De hombre lobo —les informé.

—¡No! —chilló la tía Marta.

El tío Colin también profirió un grito.

La furgoneta pasó de largo una señal de stop. Mi tío giró bruscamente y salí disparado del asiento, golpeándome contra la puerta. Observé atónito a través del parabrisas el camión que iba a arrollarnos.



—¡Aaaaayyyyy!

¿Era yo quien gritaba?

La furgoneta dio una sacudida todavía más violenta. Volví a salir despedido y caí de rodillas sobre el suelo.

El tío Colin viró bruscamente hacia el arcén cubierto de hierba.

Vi un borrón de color rojo, y oí que el camión pasaba junto a la furgoneta. El conductor, enfadado, tocó la bocina con fuerza.

El tío Colin detuvo la furgoneta bajo unos árboles. Su rostro surcado por las arrugas se había puesto rojo. Se pasó las manos por el pelo cano.

—¿Colin, qué ha ocurrido? —inquirió la tía Marta con delicadeza.

—Lo siento —murmuró. Respiró profundamente—. Supongo que no estaba concentrado.

La tía Marta chasqueó la lengua.

—Pues por poco nos matamos. —Se volvió para mirarme—. Alex, ¿estás bien?

—Sí, estoy bien —respondí—. ¡No sabía que iba a tener tantas emociones fuertes aquí! —Quería bromear, pero me temblaba la voz.

La funda de la cámara se había caído al suelo. La recogí y la abrí para comprobar que no le hubiera pasado nada a la cámara. Estaba bien.

El tío Colin puso la furgoneta en marcha y seguimos nuestro camino.

—Lo siento —murmuró de nuevo—. Tendré más cuidado. Lo prometo.

—Estabas pensando de nuevo en los Marling, ¿no es cierto? —le recriminó la tía Marta—. Cuando Alex dijo que quería disfrazarse de hombre lobo, volviste a pensar en ellos y…

—¡Cállate, Marta! —espetó el tío Colin—. No hables de ellos ahora. Alex acaba de venir de la ciudad. ¿Quieres asustarlo antes de que lleguemos a casa?

—¿Eh? ¿Quiénes son los Marling? —pregunté, inclinándome hacia delante.

—No importa—respondió el tío Colin con sequedad—. Siéntate.

—No te preocupes por ellos —dijo la tía Marta. Se volvió hacia delante—. Vaya, ya casi hemos llegado.

El cielo parecía oscurecerse. Los viejos árboles se inclinaban sobre la carretera y las hojas no dejaban pasar la luz del sol.

Mientras observaba las manchas rojas y amarillas del bosque a medida que avanzábamos por la carretera, pensé que mis tíos se comportaban de una forma un tanto extraña. Me pregunté por qué el tío Colin le había hablado con tanta brusquedad a mi tía después de que hubiera mencionado a los Marling.

—¿Por qué se llama Arroyo del Lobo este lugar?

—¡Porque ya habían utilizado el nombre de Chicago! —bromeó la tía Marta.

—En otros tiempos había lobos en el bosque —explicó el tío Colin en voz baja.

—¡En otros tiempos! —exclamó mi tía. Bajó el tono de voz y habló murmurando, pero oí lo que dijo— ¿Por qué no le cuentas la verdad a Alex, Colin?

—¡Cállate! —volvió a ordenar mientras apretaba los dientes—. ¿Por qué quieres asustarlo?

La tía Marta se volvió hacia la ventana. Permanecimos en silencio durante un rato.

La carretera describió una curva, y vi un pequeño círculo formado por tres casas. El bosque se extendía por la parte trasera de éstas.

—Esa es nuestra casa… la del medio —anunció el tío Colin mientras la señalaba con el dedo.

La observé. Era una casita blanca y cuadrada con césped recién cortado en la parte delantera. A la derecha, había una gran casa de campo alargada, baja, de color gris y con contraventanas negras.

La casa de la izquierda estaba prácticamente cubierta por arbustos. La maleza tapaba gran parte del patio delantero. Había una rama rota de árbol en medio del sendero de entrada.

El tío Colin dirigió la furgoneta hacia la casa del centro.

—Es pequeña, pero casi nunca estamos aquí.

La tía Marta suspiró.

—Siempre estamos viajando. —Se volvió hacia mí de nuevo—. En la casa de al lado vive una muchacha encantadora. —Señaló la casa que estaba a la derecha—. Tiene doce años. Los mismos que tú, ¿no?

Asentí.

—Se llama Hannah y es muy guapa. Si no quieres aburrirte, podrías hacerte amigo de ella.

¿Guapa?

—¿No hay ningún chico por aquí? —pregunté.

—No creo —respondió mi tío—. Lo siento.

Mi tío detuvo la furgoneta al final del sendero de entrada. Cuando salimos fuera, estiré los brazos. Me dolían todos los músculos. ¡Llevaba más de seis horas sentado!

Observé la casa gris que estaba a la derecha. Era la casa de Hannah. Me pregunté si ella y yo nos haríamos amigos.

El tío Colin sacó mi maleta de la parte trasera de la furgoneta.

Me volví hacia la casa de la izquierda, que estaba totalmente a oscuras. Daba pena verla. Algunas contraventanas se habían caído y parte del porche delantero se había derrumbado.

Crucé el sendero de entrada y di varios pasos en dirección a la casa derruida.

—¿Quién vive ahí? —pregunté a mi tía.

—¡No te acerques ahí, Alex! —gritó el tío Colin—. ¡Y no hagas preguntas! ¡No te acerques a esa casa!

3

—Tranquilízate, Colin —le pidió la tía Marta a mi tío—. Alex no pensaba acercarse a la casa.

Se volvió hacia mí.

—Los Marling viven en esa casa —susurró. Se llevó un dedo a los labios—. No hagas más preguntas, ¿de acuerdo?

—No te acerques a esa casa —resopló el tío Colin—. Ayúdame a descargar la furgoneta.

Miré por última vez las ruinas de la casa antes de apresurarme a ayudar a mi tío.

La tía Marta y yo no tardamos mucho en deshacer el equipaje. Estábamos en la habitación de los invitados, mientras el tío Colin nos preparaba bocadillos de pavo en la cocina.

Mi habitación era pequeña y estrecha, más o menos como el armario ropero de mi casa. Tía Marta me enseñó el diminuto armario del que podía disponer. Olía a bolas de naftalina, pero me dijo que el olor desaparecería si lo dejábamos abierto y abríamos también la ventana. Crucé la habitación para hacerlo, y entonces me di cuenta de que daba a la casa de los Marling. Había una carretilla oxidada apoyada contra la pared lateral de la casa. Las ventanas eran oscuras y estaban cubiertas de polvo.

Entorné los ojos, intentando ver qué se escondía detrás de las ventanas, y recordé la advertencia del tío Colin. ¿Por qué le preocupaban tanto los Marling?

Abrí la ventana y me volví. La tía Marta introdujo la última camiseta en el cajón superior del armario.

—La habitación es pequeña, pero creo que estarás cómodo, Alex —comentó—. Además, he quitado todos los trastos que había en la mesa para que puedas hacer los deberes.

—¿Los deberes? —pregunté.

Entonces recordé que había prometido que iría a la escuela durante el tiempo que permaneciera en Arroyo del Lobo.

—Hannah te acompañará a la escuela el lunes —me prometió la tía Marta—. Está en tu mismo curso. Te lo enseñará todo.

No me apetecía tener que pensar que iría a una escuela que no conocía. Tomé la cámara.

—Me muero de ganas de ir al bosque y sacar fotos —le confesé a mi tía.

—¿Por qué no vas después de comer? —sugirió. Mientras se pasaba la mano por el pelo cano, me condujo hasta la cocina, pasando por el recibidor.

—¿Ya habéis guardado todo? —inquirió el tío Colin. Estaba sirviendo zumo de naranja en tres vasos. Los bocadillos estaban sobre la mesa pequeña y redonda de la cocina.

Antes de que pudiera contestar, oímos que alguien llamaba a la puerta de atrás. La tía Marta la abrió y entró una muchacha de mi edad. Era Hannah.

Medía dos o tres centímetros más que yo y era delgada. La tía Marta estaba en lo cierto. Hannah era guapa. Tenía el pelo negro y liso, ojos verdes y una sonrisa agradable. Llevaba un gran jersey verde que le cubría parte de las mallas negras.

Cuando la tía Marta nos presentó, los dos nos saludamos con un «hola». No me gusta conocer a gente nueva porque me siento muy incómodo.

La tía Marta le preguntó a Hannah si le apetecía un bocadillo de pavo.

—No, gracias —respondió Hannah—. Ya he comido.

Me gustaba su voz. Era ronca y apenas se oía.

—Alex acaba de llegar en autocar —informó la tía Marta—. Por eso comemos tan tarde.

Engullí el emparedado en cuestión de segundos. Supongo que no había tenido tiempo de pensar en lo hambriento que estaba.

—Hannah, ¿por qué no acompañas a Alex al bosque? —sugirió

el tío Colin—. Es un chico de ciudad. ¡Tendrás que enseñarle lo que es un árbol!

Todos se rieron.

—¡He visto muchos en las películas! —bromeé.

Hannah se rió con ganas.

—Quiero sacar miles de fotos —le conté mientras agarraba la funda de la cámara.

—¿Te gusta la fotografía? —preguntó Hannah—. ¿Como a tus tíos?

Asentí.

—Espero que tengas un carrete en color —me dijo Hannah—. Las hojas de otoño son muy bonitas.

Nos despedimos de mis tíos y salimos por la puerta delantera. El sol, de color rojizo, se hundía detrás de los árboles. Hacía que nuestras sombras se alargaran sobre el césped.

—¡Estás pisando mi sombra! —protestó Hannah, sonriendo. Dobló la pierna para que su sombra le diera una patada a la mía.

—¡Ay! —me quejé. Moví el puño y mi sombra golpeó la suya.

Nos lo pasamos bien luchando con nuestras sombras. Finalmente, Hannah pisó con fuerza mi sombra con ambos pies. Me tiré al suelo, y mi sombra se desplomó como si estuviera muerta.

Mientras me incorporaba, Hannah no dejaba de reírse.

Su pelo negro y liso ondeaba alrededor de su cara cuando se movía.

Saqué la cámara de la funda y, rápidamente, le hice una fotografía. Hannah dejó de reírse y se arregló el pelo con las manos.

—Oye, ¿por qué has hecho eso?

—Me apetecía—alegué, encogiéndome de hombros.

Me incorporé del todo y me dispuse a hacer otra fotografía. Giré sobre mis talones y dirigí el objetivo hacia la casa de los Marling. Di algunos pasos en dirección a la casa, intentando enmarcarla en el visor.

—¡Oye! —grité mientras Hannah me sujetaba por el brazo.

—Alex, ¡no hagas la foto! —me advirtió en un susurro gutural—. ¡Te verán!

—¿Y qué? —respondí. Pero sentí un escalofrío al ver que algo se movía en la oscura ventana de la parte delantera. ¿Nos estaba

vigilando alguien?

Bajé la cámara.

—Venga, Alex. —Hannah me tiró del hombro—. ¿Vamos a ir al bosque o no?

Entorné los ojos en dirección a la casa de los Marling.

—¿Por qué se enfadó tanto mi tío cuando le pregunté quién vive en esa casa? —le pregunté a Hannah—. ¿Qué pasa?

—No lo sé —respondió, soltándome el brazo—. Dicen que los Marling son una pareja de ancianos muy extraña. No los he visto nunca, pero he oído historias sobre ellos.

—¿Qué clase de historias? —inquirí.

—Historias espantosas —susurró.

—No. En serio. ¿Qué clase de historias? —insistí.

No respondió. Observaba con sus ojos verdes el porche desplomado y las tejas descoloridas y manchadas.

—Alejémonos de aquí, Alex.

Comenzó a correr en dirección a la parte trasera de la casa, pero no la seguí. Crucé la entrada y pisé la maleza que crecía en el patio delantero de la casa de los Marling.

—¡Alex! ¡Deténte! ¿Adónde vas? —me gritó Hannah.

Me sujeté la cámara a la cintura y me dirigí hacia la casa.

—Soy un chico de ciudad —afirmé—. Estas cosas no me asustan.

—¡Alex, por favor! —suplicó Hannah—. A los Marling no les gustan los niños. No les gusta que les molesten. Por favor. Vamos al bosque.

Caminé con cuidado sobre los tablones podridos del porche. Alcé la vista hacia la ventana.

El rojo sol del atardecer se reflejaba en el cristal. Durante unos instantes, me dio la impresión de que la ventana estaba ardiendo. Tuve que apartar la mirada.

Luego, a medida que la luz del sol perdía fuerza, me volví… y me quedé boquiabierto.

En el interior de la casa, las cortinas estaban rasgadas y hechas jirones. Como si algún animal las hubiese arañado hasta hacerlas trizas.

4

—Hannah, ¿has visto esto? —grité. No podía apartar la vista de las cortinas rasgadas.

Hannah estaba al otro lado del sendero con la espalda apoyada en la casa de mis tíos.

—No quiero ir ahí —afirmó en voz baja mientras se cruzaba de brazos.

—Pero las cortinas… —comencé a decir.

—Ya te he dicho que son muy raros —me espetó Hannah—. Y no les gusta que los niños fisgoneen por las ventanas. Venga, Alex, vamos al bosque.

Me alejé de la casa de los Marling. Tropecé con una de las tablas podridas del porche y estuve a punto de caerme.

—¿Vamos a ir al bosque o no? —me preguntó Hannah con impaciencia.

—Lo siento. —Recuperé el equilibrio y la seguí—. Cuéntame más cosas sobre los Marling—le pedí, mientras intentaba alcanzarla —. Cuéntame alguna de esas espantosas historias que has oído sobre ellos.

—Ni lo sueñes —respondió Hannah con voz ronca.

Caminamos deprisa por el patio trasero de la casa de mis tíos. Los elevados árboles, rojos y amarillos, se mecían ligeramente y se extendían más allá del césped.

—¡Por favor! —supliqué.

—Tal vez dentro de unos días, después de Halloween —respondió Hannah—. Después de la luna llena.

Observé que Hannah miraba hacia el cielo. Una brillante luna blanca, casi tan redonda como una pelota de tenis, se elevaba por encima de los árboles, aunque todavía era de día.

Hannah se estremeció.

—Odio la luna llena —admitió—. Me sentiré mejor cuando haya pasado.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Qué pasa con la luna llena?

Volvió a mirar hacia la casa de los Marling, y no respondió.

Caminábamos por el bosque. La tenue luz del ocaso se filtraba por las hojas y dibujaba formas doradas sobre el suelo. Las ramitas y las hojas caídas crujían a nuestro paso.

Encontré un árbol viejo, nudoso y encorvado. La corteza estaba arrugada como la piel oscura de un anciano. Del suelo salían gruesas raíces grisáceas.

—¡Caramba! ¡Qué increíble! —declaré mientras sacaba la cámara de la funda.

Hannah se rió.

—Se ve que eres un chico de ciudad.

—Pero, ¡mira ese árbol! —exclamé—. Es como… como si estuviera vivo.

Se rió de nuevo.

—Los árboles están vivos, Alex.

—Ya sabes a lo que me refiero —repliqué.

Comencé a fotografiar el viejo árbol encorvado. Retrocedí varios pasos y me apoyé contra un abedul. Intenté enmarcar el árbol de tal manera que su forma pareciera humana.

Luego caminé alrededor del árbol y fotografié todos los surcos y arrugas de la corteza. También fotografié una fina rama que llegaba al suelo y parecía un brazo cansado. Me arrodillé e hice fotografías de las raíces que salían del suelo como si fueran delgadas piernas.

Al escuchar un suave zumbido, levanté la vista. Un colibrí revoloteaba sobre una flor silvestre. Me volví e intenté capturar al pequeño pájaro con el objetivo. Pero el colibrí se movía demasiado deprisa para mí, y desapareció antes de que pudiera apretar el botón.

Me incorporé. Hannah estaba sentada en el suelo con las piernas

cruzadas, desmenuzando hojas secas con las manos.

—¿Acaso ese colibrí no sabe que el verano ha acabado? —murmuré.

Hannah me miró de forma inexpresiva, como si hubiera olvidado mi presencia.

—¡Oh! Lo siento, Alex. No lo he visto. —Se puso en pie.

—¿Adónde se llega si se sigue recto? —pregunté al tiempo que señalaba hacia el interior del bosque.

—Al Arroyo del Lobo —respondió Hannah—. Te enseñaré el arroyo la próxima vez. Será mejor que volvamos a casa. Deberíamos salir del bosque antes de que se ponga el sol.

De repente recordé lo que el tío Colin había dicho sobre los lobos que habían dado nombre a Arroyo del Lobo.

—Los lobos que solían vivir en el bosque —inquirí—, ya no están por aquí, ¿no?

Hannah asintió.

—Sí, ya no hay lobos.

Entonces se oyó un estridente aullido muy cerca de nosotros. Era el agudo y estridente aullido de un lobo.

Abrí la boca y grité aterrorizado.



Al retroceder, tropecé con el abedul. La cámara golpeó el tronco, pero no la solté.

—¿Hannah? —la llamé con voz ahogada. Ella tenía los ojos abiertos como platos.

Antes de que pudiera responder, dos chicos salieron de detrás de un arbusto. Echaron la cabeza hacia atrás y aullaron como si fueran lobos.

—¡Vaya, erais vosotros! —exclamó Hannah, a la vez que adoptaba una expresión de disgusto.

Ambos chicos eran bajos y delgados, con pelo negro y liso y los ojos de un marrón oscuro. Terminaron de aullar y me miraron, me observaron como si fueran dos lobos hambrientos.

—¿Os hemos asustado? —bromeó uno de ellos con los ojos iluminados por la emoción. Llevaba un jersey marrón oscuro que le cubría la parte superior de los vaqueros negros y una larga bufanda de lana de color púrpura alrededor del cuello.

—¡Siempre me asustáis! —bromeó Hannah—. ¡Tengo pesadillas con vuestras caras!

El otro chico llevaba un jersey gris enorme y unos pantalones caqui holgados que arrastraba por el suelo. Echó hacia atrás la cabeza y aulló de nuevo.

Hannah se volvió hacia mí.

—Van a mi clase —explicó—. Éste es Sean Kiner. —Señaló al chico que llevaba la bufanda de color púrpura—. Y éste es Arjun Khosla.

—¿Arjun? —pronuncié con dificultad.

—Es un nombre indio —explicó él.

—Hannah nos contó que vendrías —dijo Sean sonriendo.

—Eres un chico de ciudad, ¿no es cierto? —quiso saber Arjun.

—Sí, soy de Cleveland —murmuré.

—¿Y qué te parece Arroyo del Lobo? —preguntó Arjun. No parecía una pregunta, sino un desafío.

Ambos me miraban con sus ojos oscuros y me observaban como si fuera una especie de seta rara.

—Acabo de llegar —tartamudeé.

Se miraron.

—Debes saber algunas cosas sobre el bosque —declaró Sean.

—¿Como qué? —pregunté.

Señaló mis pies.

—¡Como que no deberías pisar una hiedra venenosa!

—¿Eh? —Di un salto hacia atrás, y miré hacia el suelo.

Los dos se rieron. No había ninguna hiedra venenosa.

—¡Vaya par de plomos! —exclamó Hannah con una mueca de desprecio.

—Y vosotros… ¡vaya par de cromos! —respondió Sean.

Sean y Arjun se rieron y se dieron una palmada.

Hannah suspiró.

—Recordadme luego que tengo que reírme —murmuró, poniendo los ojos en blanco.

Por algún motivo eso hizo que los chicos comenzaran a aullar de nuevo. Cuando terminaron, Sean alargó la mano hacia mi cámara.

—¿Puedo verla?

—Pues… —retrocedí un poco—, es una cámara muy cara —puntualicé—. No me gusta que nadie la toque.

—¡Ooooh! ¡Muy cara! —bromeó Sean—. ¡Seguro que es de cartón! ¡Déjame verla! —Intentó hacerse con ella de nuevo.

—Hazme una foto —pidió Arjun. Separó los labios con los dedos y sacó la lengua.

—¡Cada vez lo haces mejor! —le comentó Hannah.

—¡Hazme una foto! —repitió Arjun.

—Dejadlo tranquilo —les espetó Hannah—. Dejadlo en paz.

Arjun fingió sentirse herido.

—¿Por qué no me quiere hacer una foto?

—¡Porque no le hace fotos a los animales! —dijo Hannah con una mueca de desprecio.

Sean se rió, y me quitó la cámara de las manos.

—¡Oye!, ¡venga! —rogué. Intenté recuperarla pero no pude.

Sean le lanzó la cámara a Arjun. Arjun la levantó y fingió que le estaba haciendo una fotografía a Hannah.

—¡Se ha roto de lo fea que eres! —gritó.

—¡Yo sí que te voy a romper la cara! —amenazó Hannah.

—Es una cámara muy cara —repetí—. Si le pasa algo…

Hannah le arrebató la cámara a Arjun y me la devolvió. La sujeté con fuerza.

—Gracias.

Los chicos se acercaron a mí con expresión amenazadora. Sus ojos oscuros brillaban. Les miré mientras se aproximaban y volví a tener la impresión de que parecían animales salvajes con aquellas caras tan serias y aquella mirada tan fría.

—¡Dejadlo tranquilo! —pidió Hannah.

—Sólo estamos jugando —respondió Arjun—. No pensábamos romperte la cámara.

—Eso es. Sólo estábamos bromeando —añadió Sean—. ¿Qué te pasa?

—Nada —respondí, sujetando la cámara.

Arjun miró hacia el cielo que oscurecía. A través de los árboles todo se veía gris.

—Se está haciendo tarde —murmuró Arjun.

La sonrisa de Sean desapareció.

—Vámonos de aquí. —Escudriñó a su alrededor. Cada vez hacía más frío y las sombras se multiplicaban.

—Dicen que hay criaturas salvajes sueltas por el bosque —explicó Arjun en voz baja.

—Arjun, déjanos en paz —respondió Hannah, con impaciencia.

—No. De verdad —insistió Arjun—. Alguna criatura extraña le arrancó la cabeza a un ciervo. Se la arrancó de cuajo.

—Nosotros lo vimos —informó Sean. Sus ojos oscuros brillaban de emoción en la tenue luz del atardecer—. ¡Fue espeluznante!

—Los ojos del ciervo nos miraron —añadió Arjun—. Y

comenzaron a salirle insectos del cuello cortado.

—¡Qué asco! —exclamó Hannah al tiempo que se cubría la boca con una mano—. Os lo estáis inventando todo, ¿no?

—No. Claro que no. —Sean miró la luna—. Ya hay casi luna llena. La luna llena hace que todas las criaturas extrañas salgan de sus escondrijos —prosiguió en voz baja, casi susurrando—. Sobre todo durante Halloween. Y esa noche habrá luna llena.

Me estremecí. Sentí un hormigueo en la nuca y escalofríos en todo el cuerpo. ¿Era por culpa del viento? ¿O por el terrorífico relato de Sean?

Me imaginé la cabeza del ciervo en el suelo. Me imaginé que los brillantes ojos negros miraban hacia arriba, sin vida.

—¿De qué te vas a disfrazar en Halloween? —preguntó Arjun a Hannah.

—No lo sé —dijo Hannah, encogiéndose de hombros—. Todavía no lo he decidido.

Se volvió hacia mí.

—¿Y tú de qué te quieres disfrazar?

—De hombre lobo —respondí.

Arjun dejó escapar un grito ahogado. Los dos chicos se miraron en silencio. Sus sonrisas desaparecieron. Adoptaron una expresión solemne.

—¿Qué pasa? —pregunté.

No contestaron.

—¿Qué pasa? —repetí.

Arjun bajó la vista.

—Ya tenemos bastantes hombres lobo en Arroyo del Lobo —murmuró.

—¿A qué te refieres? —grité—. Venga, chicos, ¿qué es lo que ocurre?

Pero no respondieron. Se dieron la vuelta y se adentraron en el bosque.

6

La tía Marta invitó a Hannah a cenar. Los cuatro nos sentamos, apretados, alrededor de la pequeña mesa de la cocina y nos tomamos la humeante sopa de pollo.

—¡Es la sopa más buena que he probado en mi vida! —elogió Hannah a mi tía.

La tía Marta sonrió. Una gotita de sopa le resbaló por la barbilla. Cogió la servilleta.

—Gracias, Hannah. Le pongo todo lo que tengo a mano.

—Siento que hayamos llegado tarde a cenar —me disculpé—. Perdí la noción del tiempo. No quería irme del bosque. Era tan interesante.

El tío Colin miró hacia la ventana de la cocina y luego hacia la luna.

Acto seguido, bajó la vista y observó la casa de los Marling.

—He fotografiado un árbol muy curioso —le comenté—. Estaba arrugado y encorvado como si fuera un anciano.

El tío Colin no respondió. No había apartado los ojos de la ventana.

—Colin, Alex te está hablando —le reprendió la tía Marta.

—¿Eh? ¡Oh! —Volvió a mirar hacia la mesa y sacudió la cabeza como si quisiera alejar sus pensamientos—. Lo siento. ¿Qué decías?

Le repetí lo que le había dicho sobre el árbol.

—Te ayudaré a revelar esas fotografías —se ofreció—. Tal vez mañana. He convertido el pequeño cuarto de baño del desván en un cuarto oscuro para los revelados. Necesitamos una casa más grande.

Sobre todo desde que trabajamos tanto.

—¿Qué has fotografiado últimamente? —pregunté.

—Criaturas nocturnas —respondió. Miró de nuevo hacia la ventana. Observó la ventana trasera de la casa de los Marling, que estaba completamente a oscuras.

—Estamos fotografiando animales nocturnos —explicó la tía Marta—. Animales que sólo salen por la noche.

—¿Como los búhos? —preguntó Hannah.

La tía Marta asintió.

—Hemos encontrado algunos búhos verdaderamente maravillosos en el bosque, ¿verdad, Colin?

El tío Colín apartó la vista de la ventana. La luz plateada de la luna se reflejaba en el cristal.

—A las criaturas nocturnas no les gusta que les hagan fotografías —puntualizó mientras masticaba despacio un trozo de zanahoria—. Son animales muy reservados.

—A veces nos apostamos en un lugar durante horas —añadió mi tía—. Y esperamos a que una criatura asome la cabeza en un agujero del suelo.

—¿Puedo acompañaros una de estas noches? —pregunté—. No haré ruido.

El tío Colin tragó un trozo de pollo.

—Buena idea —convino. Sin embargo, luego adoptó una expresión solemne. Y añadió—: Tal vez después de Halloween.

Me volví y me percaté de que la tía Marta contemplaba la casa de los Marling.

—La luna todavía no está baja —anunció pensativamente—, pero esta noche brilla mucho.

—Es como si fuera de día —aseguró el tío Colin. ¿Cuál era la expresión que había cruzado rápidamente su rostro? ¿Era miedo?

Pensé que mis tíos se comportaban de forma muy extraña esa noche. Parecían nerviosos.

¿Por qué miran sin cesar por la ventana? ¿Qué esperan ver en la casa de los Marling?

No lo soportaba más.

—¿Pasa algo? —pregunté.

—¿Si pasa algo? —El tío Colin entornó los ojos—. Supongo

que…

—¿Ya habéis pensado en los disfraces para Halloween? —preguntó la tía Marta cambiando de tema.

—Creo que este año me volveré a disfrazar de pirata —respondió Hannah. Se terminó la leche con cacao y lamió los restos de chocolate del borde del tazón—. Me pondré un pañuelo en la cabeza y un parche en el ojo.

—Colin y yo podemos buscarte algunas prendas viejas que podrían servirte —se ofreció la tía Marta. Se volvió hacia mí—. ¿Y tú de qué te disfrazarás, Alex?

Yo todavía quería disfrazarme de hombre lobo. Pero recordé la última vez que les había hablado del disfraz. ¡El tío Colin estuvo a punto de estrellar el coche!

Sonreí y hablé con tranquilidad.

—Puede que también me disfrace de pirata.

Me acabé la sopa.

En aquel momento, era imposible que supiera que, al cabo de unas horas, cuando la luna estuviese en lo más alto del cielo, vería cara a cara a un hombre lobo de verdad.

7

Cuando Hannah regresó a su casa, yo me dirigí a mi pequeña habitación. La ordené un poco y coloqué bien la ropa en los cajones del armario.

No soy una persona muy ordenada. Admitámoslo, soy un dejado. Pero sabía que si no ordenaba las cosas que había en la minúscula habitación, luego no encontraría nada.

Me senté junto a la mesa y escribí una breve carta a mis padres, en la que les dije que todo iba bien. Les aseguré que cuando volvieran de Francia les enseñaría por lo menos mil fotografías.

Cuando terminé la carta, no tenía sueño. Pero decidí que, de todos modos, lo mejor que podía hacer era acostarme.

Me dirigí hacia el armario para buscar el pijama, pero al pasar junto a la ventana, me detuve. Y observé una tenue luz naranja.

¡Había luz en la ventana lateral de la casa de los Marling!

La luz brillaba entre dos árboles inclinados, cuyas hojas se mecían con el viento. El pequeño destello naranja, en forma de rectángulo, se encontraba en el suelo de la casa, cerca de la parte trasera.

¿Era la ventana del dormitorio?

Me acerqué más al cristal de la ventana y escudriñé en la oscuridad. Intenté ver qué había dentro del rectángulo de luz naranja.

¿Vería a los Marling? Aguanté la respiración y esperé.

No tuve que esperar mucho.

Dejé escapar un grito ahogado al ver que una silueta pasaba por

delante de la ventana de la casa de los Marling. Una figura grisácea se detuvo en el rectángulo de luz naranja.

¿Era un hombre? No era capaz de precisarlo.

La silueta se movió. Pensé que se trataba de un animal.

No, es un hombre. ¿El señor Marling?

Apreté la nariz contra el cristal, intentando escudriñar en la oscuridad. ¿Era un perro grande? ¿Un hombre? No lo veía con claridad.

La silueta se alejó de la ventana. Y entonces oí el prolongado y agudo aullido de un animal.

El sonido salió de la ventana de la casa de los Marling y llegó hasta la nuestra. El estridente aullido penetró en mi habitación. Me rodeó. ¡Qué sonido tan desagradable y espantoso! Parecía mitad humano, mitad animal. Algo que no había oído con anterioridad.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Y luego otro.

Oí otro aullido y me quedé sin aire.

La silueta, una criatura con la cabeza inclinada hacia atrás, regresó a la ventana. Tenía la mandíbula abierta y profería esos terribles aullidos.

Pensé que tenía que sacar una fotografía. «¡Tengo que fotografiar esa silueta!», me propuse.

Me alejé de la ventana y fui directo al tocador. Alargué la mano para buscar la cámara.

¿La cámara?

No estaba allí.



—¡No! —grité, perplejo.

Moví las manos frenéticamente, buscando la cámara. La había dejado en el escritorio. Estaba seguro. Pero no la veía.

Observé a mi alrededor. Acababa de ordenar la habitación. Todo estaba en su sitio: la mesa, el tocador… Pero la cámara había desaparecido.

Me arrodillé y miré debajo de la cama, pero tampoco estaba allí. Me arrastré hasta el armario y abrí la puerta. Busqué en el fondo del armario.

Mientras buscaba, otro aullido retumbó en mi cuarto, esta vez más agudo, más estridente. A continuación percibí dos aullidos simultáneos. Ambos sonidos, que recordaban a una sirena, parecían armonizar de forma extraña. ¿Eran los Marling?

Mientras me incorporaba, escuché como arañazos. Parecía como si un trozo de madera se golpease contra otro. También oí el sonido de una ventana al abrirse y un fuerte golpe seco.

Luego, oí unos gruñidos y pasos pesados. ¡Pasos al lado de mi habitación!

Fui corriendo hasta la ventana. Jadeando y con el corazón latiendo rápidamente, miré hacia el exterior.

Demasiado tarde. No había nadie.

Sólo oscuridad. La luz naranja había desaparecido de la ventana de la casa de los Marling. La casa volvía a estar completamente a oscuras.

Los árboles se mecían bajo el cielo lóbrego. Las hojas reflejaban

los destellos plateados de la luna.

Miré por la ventana durante un rato, mientras mi corazón se calmaba y esperaba oír aullidos agudos o pasos pesados. Se produjo un silencio.

Mi cámara…

Me alejé de la ventana. Salí corriendo de la habitación, pasé por el pequeño recibidor y llegué a la sala de estar. ¿Había dejado allí la cámara al regresar con Hannah del bosque? No. No estaba.

Fui a la cocina, pero tampoco estaba allí.

—¡Tía Marta! ¡Tío Colin! —les llamé sin llegar a gritar.

Volví corriendo al recibidor. Pasé por delante de mi habitación, del cuarto de baño y del armario de la ropa limpia. La habitación de mis tíos estaba al final del pasillo.

—¿Habéis visto mi cámara? —grité.

Abrí de un empujón la puerta del dormitorio, que estaba a oscuras. A oscuras y vacío.

Olí el perfume de flores de la tía Marta y el intenso olor del líquido para revelar fotografías.

Pensé que habían ido al bosque a fotografiar animales.

«Estoy completamente solo», me dije.

Respiré hondo y contuve el aliento. «Tranquilízate, Alex —pensé —. Estás bien y no te va a pasar nada. Encontrarás la cámara en cuanto te tranquilices. Seguramente estará a la vista en algún lugar. Pero estás tan nervioso y alterado que no la ves. ¡Tranquilízate!»

Volví a respirar hondo. Comencé a calmarme.

Cerré la puerta del dormitorio de mis tíos y me dirigí hacia el recibidor. Al pasar por delante de mi habitación oí arañazos.

Y luego los pasos pesados.

Me detuve y agucé el oído. Más pasos pesados.

¿De dónde venían? ¿De arriba? Sí.

Contemplé el techo, y oí más arañazos y más pasos pesados.

«¡Están en el desván! —pensé—. Sean lo que sean esas criaturas que aúllan, ¡están en la casa!»



Me apoyé contra la pared, temblando de pies a cabeza. Tragué saliva y escuché los pasos pesados que provenían del desván.

«¡Tengo que salir de aquí! —me dije—. ¡Tengo que salir de esta casa! ¡Tengo que contárselo al tío Colin y a la tía Marta!»

Pero mis piernas parecían de gelatina. No sabía si podría moverlas. Di un paso vacilante. Luego otro, y después oí un sonido distinto a los demás.

Me detuve y escuché. ¿Había alguien canturreando en el desván?

Me armé de valor y así la puerta que daba al desván. La abrí de golpe y grité.

—¿Quién está ahí arriba?

—¡Soy yo, Alex! —contestó una voz que me resultaba familiar.

—¿Hannah? —tartamudeé. Miré hacia el desván—. ¿Qué… qué estás haciendo ahí arriba?

—¿No te dijo tu tía que había vuelto? —preguntó Hannah.

—No —respondí.

—Me dijo que tenía algunas prendas en el desván que podrían servirme para el disfraz. Y he venido a probármelas.

Asomó la cabeza.

—¿Por qué hablas de esa forma tan rara? —me preguntó.

—Yo… yo creía que… —comencé. Pero me resultaba difícil hablar.

Empecé a subir la escalera.

—¡No! —gritó Hannah—. ¡No subas!

Me detuve en el tercer escalón.

—¿Por qué?

—No estoy vestida. Me estoy probando las prendas —explicó. Me sonrió—. Además, quiero darte una sorpresa. Aquí hay cosas realmente impresionantes. Tus tíos debían de tener un aspecto muy curioso cuando eran jóvenes.

Hannah entró al desván de nuevo. Escuché cómo revolvía la ropa y bajé la escalera.

—Oye, ¿sabes dónde está mi cámara? —pregunté—. He buscado por toda la casa y…

—¡Oh, no! —se lamentó Hannah. Asomó la cabeza de nuevo. Esta vez no sonreía.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—La cámara, Alex. ¿Crees que quizá te la has olvidado en el bosque?

—No lo sé. Creía que… —Se me apagó la voz. Tenía una terrible sensación en la boca del estómago.

—Todavía la tenías cuando Sean y Arjun se marcharon —afirmó Hannah—. Pero no recuerdo que la llevaras cuando regresamos a casa.

—¡Oh, no! —Negué con la cabeza—. Tengo que ir a buscarla, Hannah. No puedo dejarla toda la noche en el bosque.

—¡No! —gritó Hannah—. Alex, hazme caso. No debes ir al bosque.

—¡Tengo que ir! —repliqué.

—Pero el bosque no es seguro por la noche —explicó—. No es nada seguro.

Me volví y fui corriendo hasta el recibidor. Me puse la chaqueta y encontré una linterna en el fondo del armario del recibidor. La encendí y apagué varias veces para comprobar que funcionaba bien. La luz brillaba con fuerza y no fallaba.

—Volveré enseguida —le grité a Hannah.

—¡No, por favor, Alex! —chilló—. ¡Hazme caso! ¡No vayas al bosque por la noche! Espera a que me vista. Espérame, ¿de acuerdo?

Pero yo no pensaba dejar la cámara en el bosque para que se estropeara, así que cerré la puerta de entrada tras de mí v salí a la

luz de la luna.

10

Caminé a toda velocidad hacia la parte trasera de la casa. Unos grandes nubarrones negros cubrían la luna. El aire era más frío y húmedo de lo que había pensado. Me subí la cremallera de la chaqueta mientras corría.

Eché una ojeada a la casa de los Marling al pasar rápidamente por su lado. No se veía nada. La ventana trasera estaba abierta de par en par, pero en la casa reinaba una oscuridad absoluta. No había ninguna luz encendida.

El rocío había humedecido la maleza. De repente sentí que algo frío me salpicaba en la frente. ¿Era una gota de lluvia?

Me lamenté al pensar que había dejado la cámara en el bosque. Era una cámara muy cara. Deseé poder encontrarla antes de que comenzase a llover.

Varios animales diminutos pasaron correteando junto a mis pies. Me detuve. No eran animales sino grandes hojas secas que revoloteaban sobre la oscura maleza, impulsadas por ráfagas de viento.

Agaché la cabeza para sortear la rama de un árbol, y entré en el bosque por la parte trasera del patio. Los viejos árboles temblaban y crujían.

A lo lejos oí que un búho ululaba, y pensé en mis tíos. También estaban en el bosque, sacando fotografías. Me pregunté si me los encontraría.

Seguí el serpenteante sendero que se adentraba en el bosque. Otra pesada gota cayó sobre mi cabeza. La lluvia empezó a salpicar

el suelo.

Me detuve cuando vi el árbol doblado y arrugado, el mismo que había fotografiado con Hannah esa misma tarde. Iluminé la corteza con la linterna.

—Por lo menos he llegado bien hasta aquí —dije en voz alta.

Salté por encima de una rama caída y me adentré más aún en el bosque. Las hojas de los árboles siseaban y se agitaban con el viento, que cada vez soplaba con más fuerza. Todavía oía el ulular del búho a lo lejos.

La linterna se apagó y luego volvió a encenderse. El pequeño círculo de luz me abría paso entre los árboles.

—¡Bien! —exclamé al ver la cámara. La había dejado sobre el tocón plano de un árbol. ¿Cómo podía habérmela olvidado en ese lugar?

Con otro grito de alegría, la tomé entre mis manos. Tenía hasta ganas de abrazarla. ¡Estaba tan contento de haberla encontrado! La iluminé con la linterna para comprobar que estuviera en buen estado.

Sequé las pocas gotas de lluvia que le habían caído. Luego me la coloqué bajo el brazo y me dispuse a regresar a casa.

Había dejado de llover, al menos por un rato. Empecé a canturrear feliz. ¡Quería recorrer el camino hacia casa dando saltos!

La cámara era mi bien más preciado. Me prometí que jamás volvería a olvidármela.

Dejé de tararear al escuchar un sonido extraño. Era el gruñido de un animal, un rugido fiero y ronco.

Se me cayó la linterna.

La criatura volvió a rugir. ¿Dónde estaba? ¿De dónde provenía el sonido?

¡Estaba justo detrás de mí!



Me agaché para recuperar mi linterna. De repente, me flaquearon las piernas y todo mi cuerpo se estremeció de miedo.

Oí unos gruñidos fieros y espeluznantes.

Estaba petrificado, por lo que me obligué a moverme. Tenía que huir de ese lugar.

Ante mí se alzaban unos frondosos arbustos. Sujeté con fuerza la cámara y corrí a refugiarme detrás de ellos. Me arrodillé para ocultarme mejor tras ellos e intenté recobrar el aliento y lograr que mi corazón recuperara su ritmo normal.

No podía ver nada a través de las gruesas hojas del arbusto, pero oía los gruñidos del animal. Me agaché aún más, deseando que no me viera. Y esperando que no me oliera.

Entonces escuché el ruido sordo de varios pasos pesados y un agudo y furioso aullido, como un grito de guerra.

Después oí un balido producto del miedo. Era agudo y frágil. Era un grito de terror rápidamente ahogado.

Mientras me apoyaba en el arbusto, temblando de pies a cabeza, oí una refriega. Se escuchaba muy cerca, tan cerca que si me levantaba y alargaba la mano tocaría al agresor y a su presa.

La lucha tenía lugar tan próxima a mí que escuchaba cada gruñido, cada grito de miedo.

Se oyó un ruido sordo, un gruñido y después otro balido frágil e impotente. De repente, algo se quebró.

Percibí que una de las criaturas masticaba algo húmedo, batía las mandíbulas para devorar a su presa. Luego escuché un eructo.

Después, otro sonido desgarrador.

Cerré los ojos, intentando imaginar lo que ocurría delante del arbusto.

A continuación oí otro ruido sordo, seguido de un silencio.

El silbido del viento parecía intensificarse.

Se oyó un siseo, y luego silencio.

Abrí los ojos y me incorporé temblando.

Unos pasos pesados quebraban ramitas y hojas secas. Se aproximaban hacia el lugar en que me hallaba escondido. Venían a por mí. La criatura… la hambrienta criatura venía a buscarme.

—¡Ahhhh! —Dejé escapar un agudo chillido de terror.

Sujetando con fuerza la cámara, salí de los arbustos y eché a correr.

Oí gruñidos detrás de mí, acompañados de jadeos y respiración pesada, pero no volví la vista atrás.

Me adentré corriendo en el bosque. Me pareció oír el murmullo de un arroyo a mi derecha. ¿Sería el Arroyo del Lobo? No me detuve a comprobarlo.

Una rama me arañó la mejilla al pasar corriendo. Sentí un gran dolor en la cara.

Utilicé mi brazo como escudo para protegerme mientras corría a ciegas. Avanzaba a toda velocidad en la más completa oscuridad.

¿Dónde estaba la linterna? ¡Oh, no! La había dejado junto a los arbustos.

De todos modos, no me serviría de nada porque corría demasiado deprisa como para ver el camino.

Me encogí un poco y me abrí paso a través de un cañaveral. Las cañas me golpeaban y me dejaban un rastro de humedad en el cuerpo.

De repente tropecé con una piedra que estaba medio desenterrada, pero no llegué a perder el equilibrio.

Salté por encima de la raíz de un árbol que sobresalía de la tierra y seguí corriendo.

A pesar de mis violentos jadeos, intenté escuchar los pasos pesados que me seguían, así como los gruñidos del animal. ¿Me estaba persiguiendo aún la criatura?

Me agarré al tronco húmedo de un árbol y me detuve. Rodeé el

tronco con los brazos para que las piernas no me flaquearan y no me cayera al suelo. Intenté respirar con normalidad.

Al volver la cabeza y mirar hacia atrás, no vi nada. Tampoco oí gruñidos ni pasos pesados.

Me quemaban los pulmones. Tenía la boca tan seca que no podía ni tragar.

«Estoy bien —me dije—. Estoy a salvo… por ahora.»

Escudriñé la oscuridad.

Y la criatura me golpeó por detrás.

12

—¡Ahh! —grité asustado. Y me caí al suelo.

Me di la vuelta para enfrentarme a mi agresor, pero no había nadie. No había nada.

—¿Eh? —volví a gritar, perplejo.

Comencé a incorporarme… y vi lo que me había golpeado en la cabeza: el nido de un pájaro. Un nido roto y seco. Probablemente, las ráfagas de viento lo habían tirado de la rama de algún árbol.

—¡Oh, vaya! —Me quité varias ramitas del pelo. Luego me coloqué la cámara bajo el brazo y eché un vistazo a mi alrededor.

¿Dónde estaba?

Los árboles parecían inclinarse los unos contra los otros. Había un pequeño montículo de piedras junto a un cañaveral.

Me di cuenta de que me había perdido.

Levanté la vista al cielo. No se veía nada, ya que los nubarrones negros tapaban la luna y las estrellas.

¿Cómo iba a volver a casa? Escudriñé en la oscuridad, intentando distinguir el sendero o cualquier cosa que me resultara familiar. Imposible.

Pensé que si encontraba el arroyo, tal vez pudiera volver al lugar en que había encontrado la cámara. Pero ¿dónde estaba el arroyo?

Estaba completamente desorientado.

Me estremecí. Una fría gota de lluvia cayó sobre mi chaqueta. Me sobresalté. ¡El nido había hecho que las cosas que caían del cielo me dieran miedo!

¿Qué debía hacer? Intenté pensar con calma, pero me fue

imposible.

¿Debía gritar pidiendo ayuda? Tal vez si gritaba con suficiente fuerza mis tíos me oirían. Pero no podía hacer eso porque si gritaba, la criatura que gruñía me oiría primero.

«¿Todavía me persigue? ¿Está cerca?», me pregunté.

Decidí que no debía gritar pidiendo ayuda.

¿Qué era lo mejor, entonces? ¿Caminar en un sentido sin detenerme? No. Una vez había leído un libro en que un hombre se perdía en el desierto. Intentaba caminar en línea recta, pero lo único que hacía era describir círculos. ¡Daba vueltas y más vueltas, y no se daba cuenta hasta que por fin veía sus pisadas en la arena!

Tal vez debía esperar hasta el amanecer. Nunca encontraría el camino en la oscuridad. De día me resultaría mucho más fácil.

No me gustaba la idea de tener que pasar toda la noche en el bosque. Pero pensé que lo mejor sería esperar en ese lugar hasta que pudiera ver con claridad.

De repente, oí un estruendo, y comenzó a llover con fuerza. Caía una lluvia helada acompañada de ráfagas de viento.

Me di cuenta de que no podía quedarme en ese lugar: ¡Tenía que regresar a la casa de mis tíos!

Caminé sin parar, intentando volver sobre mis pasos. Suspiré aliviado cuando vi los arbustos en los que me había escondido. Encontré la linterna y la agarré con fuerza con la mano que tenía libre.

Intenté adivinar qué dirección seguir.

Encogí la cabeza para protegerme de la lluvia y comencé a andar de nuevo. No había pasado ni un minuto cuando tropecé con algo blando.

Caí de rodillas. Al volverme para ver con qué había tropezado, dejé escapar un grito de horror.

13

La linterna me temblaba en la mano. La luz vacilante me mostró algo terrible. Era el cuerpo de un animal. Mejor dicho, de dos animales.

¿Qué animales eran? No lo sabía. Estaban desfigurados por las heridas y los zarpazos. Estaban completamente destrozados.

Recordé los desgarradores ruidos que había oído mientras mataban a esos animales. Se me revolvió el estómago.

¿Qué clase de animal podía haber hecho algo así? ¿Qué animal era lo bastante fuerte como para destrozar a otras criaturas?

Un escalofrío me recorrió la espalda. Me levanté del suelo y aparté la vista de los animales muertos.

Seguía lloviendo con intensidad. Coloqué la cámara debajo de la chaqueta para protegerla de la lluvia y eché a correr de nuevo. Tenía que alejarme de un espectáculo tan desagradable, ¿Lograría olvidarlo algún día?

La lluvia v el viento me azotaban. Tenía la impresión de que estaba atravesando el mar. Pero no podía detenerme. El miedo me hacía seguir corriendo.

La feroz criatura todavía estaba escondida en el bosque. Todavía gruñía y cazaba, en algún lugar no muy lejano.

Tenía las zapatillas empapadas y resbalaba en el barro.

No sé cuánto tiempo pasé corriendo. Me detuve cuando estuve a punto de caerme al arroyo, que se había desbordado a consecuencia de la lluvia.

Me volví y seguí su curso. Me sentí un poco más seguro. Al cabo

de un rato, divisé un estrecho sendero entre los árboles inclinados.

Comencé a correr por el sendero. ¿Me conduciría fuera del bosque? Tenía que comprobarlo.

La lluvia fue amainando. Las zapatillas se me hundían en el barro mientras recorría a toda velocidad el serpenteante sendero.

Al poco, vi el árbol que parecía un hombre encorvado y arrugado.

—¡Sí! —grité en voz alta—. ¡Sí! —Levanté el puño en señal de triunfo. Estaba a punto de llegar a casa.

Continué caminando. Al cabo de unos minutos, salí del bosque y llegué al patio trasero de la casa de mis tíos. ¡Me sentía tan feliz que tenía ganas de volar!

Deseaba cobijarme en el calor de la casa, quitarme la ropa empapada y sentirme seco. Pero me detuve en mitad del patio y escudriñé el círculo de luz amarilla que proyectaba la linterna.

Distinguí varias pisadas extrañas sobre el césped húmedo. Eran pisadas profundas que se dirigían hacia el patio de los Marling.

Me agaché para verlas mejor. No eran humanas, ya que eran demasiado largas y anchas, y tenían una forma diferente a la de las huellas de los seres humanos.

Se trataba de las pisadas de un animal.

Manteniendo el foco de luz de la linterna delante de mí, seguí las pisadas por el césped. Hasta que llegué al patio cubierto de maleza de la casa de los Marling.

Me detuve al darme cuenta de adonde conducían las extrañas pisadas. Llevaban a la ventana abierta del dormitorio de los Marling.

14

Cuando entré en la cocina para desayunar a la mañana siguiente, la tía Marta estaba hablando por teléfono, apoyada en la encimera y de espaldas a mí.

Pero se volvió cuando le di los buenos días a mi tío y me miró enfadada.

—Sí, comprendo —le dijo a la persona al otro lado de la línea—. No volverá a ocurrir.

Me senté a la mesa junto al tío Colin, que sorbió un poco del café con leche sin apartar la mirada de la tía Marta.

—No volverá a ocurrir —repitió mi tía. Frunció el ceño—. Me aseguraré de que no se acerque. No. No le estaba espiando, señor Marling.

Así que estaba hablando con él.

El tío Colin movió la cabeza en señal de desaprobación.

—Te dije que no te acercaras a esa casa, Alex —me advirtió—. No nos gusta que esas personas nos llamen.

—Lo siento —murmuré—, pero…

Quería contarle lo que había ocurrido la noche anterior, todo lo que había visto. Pero se llevó un dedo a los labios para indicarme que no hablara mientras mi tía estaba al teléfono.

—No. Mi sobrino no estaba fotografiando su casa, señor Marling —prosiguió la tía Marta. Puso los ojos en blanco—. Se lo prometo. No volverá a molestarle. Hablaré con él ahora mismo. Sí. De acuerdo. Adiós.

Colgó el auricular y se volvió suspirando hacia el tío Colin.

—Hay que ver cómo son —murmuró.

—Debemos tener cuidado —respondió el tío Colin mirándome fijamente y muy serio—. No queremos que se enfaden.

—Pero… pero… —tartamudeé—, vi cosas…

—Ellos te vieron a ti, Alex —interrumpió mi tía—. Anoche te vieron merodeando alrededor de su casa. Están muy enfadados.

Se sirvió una taza de café y se acercó a la mesa. Tras sentarse, se apartó un mechón de pelo cano de la frente.

—¿Por qué saliste anoche? —preguntó mi tío.

—Lo siento mucho. No tenía otra elección. Me había olvidado la cámara en el bosque —expliqué—. Tenía que ir a buscarla. No quería que se quedase allí toda la noche, sobre todo con la tormenta que estaba cayendo.

—Pero supongo que no tenías que merodear cerca de la casa de los Marling, ¿no? —preguntó la tía Marta.

—¡Oí aullidos que salían de su casa! —respondí—. Y vi unas pisadas muy extrañas en dirección a la ventana de su dormitorio.

El tío Colin asintió con tranquilidad y dio un sorbo a su café.

—Las pisadas eran seguramente de sus perros —aventuró, mirando a la tía Marta.

—¿Perros? —grité.

Ambos asintieron.

—Tienen dos pastores alemanes enormes —explicó mi tía—. Da miedo verlos.

—Y son tan grandes como un lobo —añadió el tío Colin. Empezó a untar mantequilla en una tostada.

Suspiré. Me sentía un poco mejor.

«Dos pastores alemanes. Eso explica los aullidos y las pisadas que había en el césped», me tranquilicé.

—¿Ya estás listo para ir a la escuela? —preguntó la tía Marta—. Hannah llegará en cualquier momento.

—Casi —respondí. Me bebí el vaso de zumo de naranja de un trago—. Anoche, cuando estaba en el bosque… —comencé a decir.

Ambos me miraron fijamente.

—Vi dos animales destrozados. Los habían matado.

El tío Colin asintió.

—El bosque es peligroso por la noche —sentenció en voz baja.

—No queremos que vayas al bosque por la noche —advirtió la tía Marta. Me quitó una pelusa que tenía en la camiseta. Luego me pasó la mano por el pelo con cariño—. Prométenos que no volverás a ir.

—Lo prometo —murmuré.

—Y prométenos que no te acercarás a la casa de los Marling —añadió mi tío.

Antes de que pudiera responder, sonó el timbre de la puerta. Hannah entró en la cocina con una mochila muy cargada.

—¿Listo? —me preguntó.

Asentí y empujé la silla hacia atrás.

—Sí. Supongo que estoy listo —respondí—. Me resulta tan raro ir a una escuela desconocida.

—Te gustará el profesor, el señor Shein —me explicó Hannah—. Es una persona muy interesante. Y muy agradable.

Con la mochila y la chaqueta al hombro, nos despedimos de mis tíos y salimos por la puerta principal.

Eché un vistazo a la casa de los Marling mientras nos dirigíamos hacia la calle y me di cuenta de que habían cerrado la ventana del dormitorio. La casa estaba a oscuras, como siempre.

—¿Encontraste la cámara? —preguntó Hannah.

—Sí. Pero me costó bastante. —Le conté mis escalofriantes aventuras.

Hannah chasqueó la lengua.

—Te lo advertí, Alex —contestó—. Nunca me verás en el bosque después de la puesta de sol.

El autobús amarillo de la escuela pasó retumbando junto a nosotros. Algunos chicos se asomaron por las ventanillas y llamaron a Hannah. Ella les saludó.

El sol todavía estaba bajo y no calentaba. Una fina capa de escarcha cubría el césped. El aire era helado.

—Ya estamos llegando —informó Hannah—. ¿Estás nervioso?

No respondí. Estaba pensando en los Marling. Le expliqué a Hannah que había escuchado aullidos dentro de su casa.

—El tío Colin dice que tienen dos pastores alemanes. Son tan grandes que asustan —le conté.

—No, no es verdad —respondió Hannah con sequedad.

Me detuve.

—¿Cómo dices? —grité.

—Los Marling no tienen perros —repitió—. Vivo aquí desde que llegaron y nunca he visto que tengan perros.

—Entonces, ¿por qué me dijo mi tío que tenían dos pastores alemanes? —pregunté.

—Seguramente para que no te asustaras —respondió Hannah.

—No… no entiendo nada —tartamudeé—. Si los Marling no tienen perros, ¿de dónde salieron esas extrañas pisadas que había junto a su ventana?

Hannah negó con la cabeza. Me clavó sus ojos verdes.

—¿Es que aún no lo has adivinado, Alex? —gritó—. ¿No te lo has imaginado?

—¿Imaginarme el qué? —pregunté.

—¡Los Marling son hombres lobo! —exclamó Hannah.

15

«¿Por qué en Arroyo del Lobo están todos tan obsesionados con los hombres lobo?», me pregunté.

Me reí y me estuve burlando de Hannah durante el resto del trayecto. ¿Cómo era posible que alguien todavía creyera que existían los hombres lobo?

—Quieres asustarme —le dije—, pero no me asusto con facilidad. Vi uno de los pastores alemanes. Estaba aullando en la ventana de la casa de los Marling.

—Piensa lo que quieras —murmuró, encogiéndose de hombros.

—No intentes volver a asustarme con el cuento de que existen los hombres lobo —le advertí.

Pero en la escuela me esperaba una pequeña sorpresa. El profesor, el señor Shein, quería hablar sobre los hombres lobo durante la clase.

Tenía unos cuarenta años, era bajo y regordete, con el pelo castaño, y llevaba unas gruesas y oscuras gafas y un suéter amarillo que le hacía parecer una pera madura.

Hannah estaba en lo cierto; era muy agradable y simpático. Me saludó con entusiasmo y me presentó al resto de los alumnos, lo cual me hizo sentir como en casa.

Me pidió que me sentara cerca de la puerta que estaba al fondo del aula. Hannah se sentó en la primera fila.

Vi a Sean y a Arjun junto a las ventanas que estaban al otro lado de la clase. Hicieron un gesto con la cabeza, pero no me dijeron hola ni nada por el estilo.

Ambos parecían estar agotados, tenían la ropa arrugada y estaban despeinados. Tuve la impresión de que no habían dormido aquella noche.

«¡Qué raro!», me dije.

Tras pasar lista, el señor Shein se sentó en una esquina de su mesa. Paseó la mirada por la clase y esperó a que nos calláramos.

—¿Alguno de vosotros sabe qué es la licantropía? —preguntó. Sus ojos oscuros brillaban detrás de las gafas.

Nunca había escuchado esa palabra. Pero para mi sorpresa, varios alumnos levantaron la mano. El señor Shein le pidió a Arjun que lo explicara.

—Es cuando las personas se convierten en lobos —dijo Arjun.

—¡En hombres lobo! —exclamó Sean.

El señor Shein asintió.

—Sí. Hombres lobo —repitió—. Eso es lo que estudia la licantropía. —Se aclaró la garganta—. Puesto que faltan pocos días para Halloween, he pensado que tal vez podríamos hablar sobre la licantropía.

—¡Este año habrá luna llena en la noche de Halloween! —interrumpió un chico alto y de aspecto atlético.

—Sí, es cierto —corroboró el señor Shein—. Muchas personas creen que los hombres lobo sólo salen cuando hay luna llena, pero se equivocan. Aunque es verdad que los hombres lobo se hacen más fuertes a medida que la luna crece.

Cruzó las piernas, se recostó y comenzó la clase. Explicó que las leyendas sobre los hombres lobo databan de hacía unos doscientos años y que tenían su origen en Europa. Si un hombre lobo muerde a una persona normal, ésta también se convierte en hombre lobo cuando se encuentra bajo la luz de la luna.

—Es una maldición de la que no se puede escapar —aseguró el señor Shein en voz baja, intentando que la explicación pareciese terrorífica—. Por mucho que intente llevar una vida normal, cuando un hombre es víctima de esa maldición, se convierte en hombre lobo con la luz de la luna.

—¿Las mujeres también? —preguntó Hannah.

Algunos chicos se rieron tontamente.

—Sí. Las mujeres también —respondió el profesor con seriedad

—. Los hombres lobo rugen y aúllan —prosiguió el señor Shein—. Y merodean por el bosque en busca de víctimas.

—¡Qué bien! —murmuró un chico pelirrojo que estaba sentado en las primeras filas.

Todos se rieron.

—Al alba, los hombres lobo tienen que cambiar de piel —explicó el profesor—. Adoptan de nuevo el aspecto humano. Tienen que esconder la piel de hombre lobo hasta la noche siguiente. Tienen que esconderla en un lugar seguro porque si alguien la descubre y la quema, el hombre lobo morirá.

—¡Qué bien! —repitió el muchacho pelirrojo.

Todos volvieron a reírse y comenzaron a hablar con entusiasmo.

El señor Shein tardó un buen rato en lograr que se calmaran. Se puso en pie de un salto, se bajó el suéter amarillo y comenzó a pasearse por delante de la pizarra.

—¿Alguno de vosotros cree que los hombres lobo existen de verdad? —preguntó.

Me reí con disimulo. Estaba seguro de que nadie levantaría la mano. Pero me quedé perplejo cuando todos lo hicieron.

—¡Todos creéis en la existencia de los hombres lobo! —exclamó el señor Shein.

—Sí —murmuró Arjun.

—Sí —repitió Sean.

Al volver la cabeza me di cuenta de que ambos me miraban fijamente.

Sentí un escalofrío. «¿Qué pasa? —me pregunté—. ¿Por qué se comportan de forma tan extraña?»

16

Una vez terminada la clase, Sean y Arjun se acercaron a mi pupitre. En el exterior se oía el abrir y cerrar de las puertas de las taquillas. Los azulejos de las paredes retumbaban con los gritos y las risas.

Sean y Arjun me miraban seriamente.

—¿Qué tal? —saludé mientras cerraba la mochila.

El señor Shein se despidió con la mano y salió del aula con un abultado maletín. Nos quedamos los tres solos.

—¿Todo bien? —preguntó Sean.

—¿Te resulta extraño ir a una escuela nueva? —inquirió Arjun.

—Sí. Un poco —respondí—. Sobre todo sabiendo que sólo estaré aquí dos o tres semanas.

—¡Tienes suerte! —bromeó Arjun—. Sean y yo nunca salimos de aquí.

—Arroyo del Lobo no está tan mal —comenté. Me colgué la mochila a la espalda.

Los dos chicos me miraban fijamente sin decir nada. Sean se metió las manos en los bolsillos de sus holgados vaqueros. Arjun jugueteaba con un anillo de plata.

Al final, Sean rompió el silencio.

—¿Crees en los hombres lobo? —preguntó en voz baja.

—¿Eh? Pues… —vacilé.

—No has levantado la mano —me interrumpió Arjun—. Todos la levantamos.

—Lo sé —respondí—. No creo que existan los hombres lobo.

¡Vamos, chicos! Estamos a punto de entrar en el siglo XXI. ¿Acaso habéis visto a muchos hombres peludos caminando por la calle? ¡No lo creo!

Había querido que mis palabras produjesen un efecto divertido, pero no se rieron. Continuaron mirándome de forma solemne.

—Los hombres lobo existen —aseguró Arjun en voz baja—. Te lo podemos demostrar.

—Seguro que sí —respondí con sarcasmo, poniendo los ojos en blanco—. Y el ratoncito Pérez también existe. Lo vi conduciendo un autobús en Cleveland.

—Podemos demostrártelo, Alex —insistió Arjun—. Podemos enseñarte un hombre lobo.

—Uno de verdad —añadió Sean.

—No, gracias —dije—. En serio…

—Podrás sacarle fotos —interrumpió Arjun.

—Sí, ¡Podrás gastar un carrete entero! —exclamó Sean.

Aquello me hizo reflexionar. Recordé el concurso de fotografía en que me había inscrito. Necesitaba una buena fotografía de Halloween para ganarlo.

Sean y Arjun se me acercaron, me rodearon y me obligaron a retroceder hasta que tropecé con el alféizar de la ventana.

—¿Quieres ver a un hombre lobo de verdad, Alex? —preguntó Sean.

—¿Quieres sacarle fotos a un hombre lobo de verdad? —inquirió Arjun.

Me clavaron la mirada, desafiantes.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunté.

17

La tía Marta se rió.

—Hannah, ¡estás horrible! —exclamó, al tiempo que le pellizcaba las mejillas con cariño.

—¡Gracias! —Hannah hizo una reverencia—. ¡Gracias!

Hannah había venido después de la cena para enseñarnos su disfraz de Halloween. Había decidido no disfrazarse de pirata. Resultaba difícil describir el disfraz por el que había optado, ya que había rasgado varias prendas viejas y las había cosido juntas.

Los pantalones eran holgados, y tenían una pierna marrón y otra verde, así como parches de cuadros a la altura de las rodillas. Se había enfundado una camisa andrajosa de todos los colores imaginables: amarillo, azul, rojo, etcétera. Encima de la camisa llevaba una chaqueta todavía más colorida. Para rematar su atuendo, sobre la cabeza llevaba un trapo colgando que le caía sobre la cara continuamente.

—¿De qué se supone que vas disfrazada? —pregunté—. ¿De trapera?

—Voy de muñeca de trapo —respondió sin reírse—. ¿Es que no lo ves? —Tiró de la chaqueta—. ¡Son trapos!

La tía Marta y el tío Colin se rieron. Me hacía feliz verlos tan contentos. Durante la cena apenas me habían hablado y parecían muy cansados.

—Hace mucho tiempo se cantaba una canción sobre una muñeca de trapo —recordó la tía Marta—. ¿Te acuerdas, Colin?

Mi tío negó con la cabeza.

—Ya no recuerdo nada—respondió—. ¡Tengo suerte de acordarme de levantarme por las mañanas!

—¡Oh, venga, Colin! —le regañó la tía Marta al tiempo que le daba un empujón cariñoso. Comenzó a cantar la canción sobre la muñeca de trapo.

Hannah bailó de forma extraña, retorciendo las manos por encima de la cabeza. Se le cayó una de las mangas de la chaqueta y todos nos echamos a reír.

—¿Dónde está tu disfraz, Alex? —preguntó mi tío—. Ve a ponértelo. ¡Venga! ¡Queremos verlo!

—Todavía no lo tengo —tartamudeé.

—¡Podríamos hacerte un disfraz esta misma noche con algunas prendas viejas! —insistió la tía Marta.

—No, da igual. Tengo que decidir de qué me quiero disfrazar —respondí.

En ese momento no podía pensar en disfraces. Miraba una y otra vez por la ventana, esperando que oscureciera del todo y recordando lo que haría más tarde.

Arjun, Sean y yo habíamos planeado encontrarnos junto al arroyo que estaba en el bosque. Me habían dicho que llevara la cámara y les esperara allí.

Me aseguraron que el hombre lobo acudía a ese lugar cada noche cuando la luna estaba en lo más alto del cielo.

—Aúlla hacia la luna —susurró Arjun con entusiasmo—, y luego inclina la cabeza y bebe agua del arroyo.

—¡Espera a verlo! —exclamó Sean—. Es un hombre y un lobo a la vez. Es mitad humano, mitad animal.

Les miré fijamente para averiguar si me estaban tomando el pelo. Parecían tan serios, y entusiasmados, que consideré que decían la verdad.

¿Era posible? ¿Existían los hombres lobo?

Me acordé de la criatura que aullaba en la ventana de la casa de los Marling. Y recordé los dos animales que había encontrado destrozados en el bosque. ¿Fue obra de un hombre lobo?

Sentí un hormigueo en la nuca. Nunca había creído en los hombres lobo, pero tampoco había salido de la ciudad. En este pequeño pueblo rodeado de bosques parecía mucho más probable

que existieran.

—¿Vendrás al arroyo a medianoche? —preguntó Sean.

No quería volver al bosque de noche, y menos después de lo que había visto allí. Pero no quería que supieran que tenía miedo. Además, necesitaba de veras una buena fotografía para ganar el concurso. ¡Y la foto de un hombre lobo ganaría! ¿Cómo iba a haber otra mejor?

Acepté escaparme de casa y reunirme con Sean y Arjun en el bosque a medianoche. Pero ahora, a medida que se hacía tarde, comenzaba a sentirme nervioso.

Mientras contemplaba la oscuridad de la noche a través de la ventana, tuve una extraña sensación en la boca del estómago. Mis manos estaban frías y húmedas.

—Alex, ¿en qué piensas? —La voz de la tía Marta interrumpió mis pensamientos.

—¿Eh? —Parpadeé y negué con la cabeza.

Todos se rieron.

—Estabas mirando por la ventana con una cara muy rara —declaró Hannah.

—¡Ah! Contemplaba la luna —mentí.

—¡Es la locura de la luna! —bromeó el tío Colin—. ¡Oooh! ¡Parece un caso sin remedio!

—¿Qué es eso? —pregunté.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —respondió mi tío—. ¡Me lo acabo de inventar!

Nos reímos de nuevo.

Todos estaban de muy buen humor. Deseé calmarme para poder disfrutar como ellos. Pero no podía evitar pensar que tendría que adentrarme en el bosque más tarde.

Hannah regresó a su casa al cabo de un rato. Les di las buenas noches a mis tíos y me fui a mi habitación.

Miré el reloj que estaba en la mesita de noche. Eran las diez y cuarto. Tenía que esperar casi dos horas.

Comprobé que la cámara estuviese en perfecto estado y que tuviera un carrete de alta velocidad. Luego me senté y comencé a leer una revista de fotografía, deseando que el tiempo pasase deprisa.

A pesar de clavar la mirada en la revista, no podía leer. No lograba concentrarme. Consultaba la hora a cada minuto. «¿Por qué el tiempo pasa tan despacio cuando se está esperando?», reflexioné.

Hacia las doce menos diez cerré la revista. Me puse otro suéter y una chaqueta. Me colgué la cámara al hombro y me dirigí de puntillas hacia la puerta.

Era probable que mis tíos hubiesen ido al bosque a fotografiar animales nocturnos. Pero en caso de que no fuera así, no quería que me oyeran salir de la casa.

Apagué las luces de la habitación. Luego alargué la mano hacia el pomo de la puerta y tiré de él.

—¡Vaya!

Giré el pomo y tiré de nuevo. Lo giré hacia el otro lado y tiré con fuerza.

—¡No me lo puedo creer! —exclamé.

Estaba encerrado.

18

Pensé que la puerta estaba atascada, así que tiré con más fuerza. Incluso intenté empujarla, pero no pude moverla. Era evidente que la habían cerrado desde el exterior.

Me alejé enfadado de la puerta. «¿Por qué me han encerrado mis tíos? —me pregunté—. ¿Por lo que ocurrió la noche anterior? ¿Porque había ido al bosque?»

—¡No pueden hacerme esto! —exclamé.

Fui corriendo hasta la ventana. Corrí las cortinas y así la manecilla. Cuando la ventana subió unos centímetros, dejé escapar un grito ahogado. ¡Habían colocado barrotes de hierro en el exterior!

Pero ¿cuándo los habían puesto? ¿Esa misma tarde?

«¡Estoy prisionero! —me dije—. ¡Estoy encerrado en esta habitación como un animal enjaulado!»

—¡No pueden hacerme esto! —repetí—. ¡No pueden!

Subí del todo la ventana. Agarré los barrotes e intenté moverlos. Pero no pude.

Estaba tirando de los barrotes cuando oí un aullido grave. Los solté y proferí un grito. Me quedé petrificado.

A continuación, oí otro aullido. Esta vez, más fuerte y agudo. Se oía muy cerca.

Después escuché un aullido estridente. ¿Provenía de la casa de los Marling?

Acerqué la cara a los barrotes y escudriñé la oscuridad. La ventana del dormitorio volvía a estar abierta, pero la casa

permanecía a oscuras. No había ninguna luz.

Agucé la vista, pero en ese momento una nube tapó la luna. Apenas podía ver su casa.

Apreté la cara contra los barrotes y oí el gruñido de un animal. Después, un golpe seco.

Una silueta oscura salió por la ventana abierta de la casa de los Marling. Oí otro ruido sordo. Otra silueta oscura cayó al suelo sobre las cuatro extremidades.

Una de las criaturas levantó la cabeza y dejó escapar un aullido prolongado y triste.

Acto seguido, se fueron dando grandes zancadas hacia el patio trasero, en dirección al bosque.

¿Eran perros? ¿Lobos? ¿Personas? No podía ver nada en la oscuridad.

La nube pasó de largo, y una luz plateada iluminó la casa de los Marling. Pero ya era demasiado tarde porque las criaturas habían desaparecido.

Golpeé los barrotes con los puños.

Sean y Arjun me estaban esperando junto al arroyo. Y me era imposible ir hasta allí. ¿Qué pensarían de mí? ¿Que era un gallina?

Cerré la ventana, enojado. ¡Estaba perdiendo la oportunidad de sacar una fotografía con la que podría ganar el concurso!

—¡Mañana por la noche! —declaré en voz alta—. Mañana por la noche saldré de aquí. ¡Mis tíos no podrán detenerme! ¡Mañana por la noche iré al bosque y descubriré la verdad sobre los hombres lobo!

19

—¿Cómo pudisteis hacerme eso? —chillé mientras irrumpía en la cocina para desayunar a la mañana siguiente—. ¿Por qué me encerrasteis en la habitación sin decírmelo? —grité.

La tía Marta puso en la mesa su taza de café y me miró con expresión inquieta. Luego se volvió hacia el tío Colin.

—Quizá debiéramos habérselo dicho.

El tío Colin entornó los ojos y me miró.

—¿Intentaste salir anoche, Alex? —preguntó.

—Pues… —Vacilé. No quería contarles lo que había planeado hacer en el bosque—. ¡No me gusta estar en una jaula! —me quejé —. Tengo doce años y creo que ya puedo…

—Lo sentimos mucho —interrumpió la tía Marta. Miró el reloj de la cocina y me sirvió un tazón de cereales.

—Pero lo hicimos por tu bien —añadió el tío Colin. Dobló la servilleta de forma violenta—. No teníamos elección. No podemos permitir que vayas al bosque como fuiste la otra noche. No es seguro.

—Tenemos que cuidar de ti —declaró la tía Marta al tiempo que me acercaba el tazón de cereales—. Les prometimos a tus padres que volverías sano y salvo. No queremos encerrarte, Alex, pero tenemos que asegurarnos de que…

—Pero… pero… —tartamudeé.

—Además, ayer los Marling llamaron a la policía —me informó el tío Colin, frunciendo el ceño.

—¿Qué? —grité—. ¿Llamaron a la policía por mi culpa?

El tío Colin asintió.

—Dijeron que les estabas espiando —explicó.

Dejé escapar un grito de furia.

—¡Eso es una estupidez! —chillé—. ¡No les estaba espiando! ¡No les hice nada!

—De acuerdo, de acuerdo. —La tía Marta se acercó a mí y reposó su cálida mano sobre mi hombro—. No te preocupes por los Marling. Lo único que debes hacer es no acercarte a su casa, ¿de acuerdo?

Me volví hacia ella.

—¿Los Marling son hombres lobo? —pregunté sin pensármelo dos veces.

El tío Colin dejó escapar un grito ahogado.

La tía Marta se rió.

—¿Es eso lo que Hannah te ha contado? —preguntó.

—Pues… sí—respondí.

La tía Marta negó con la cabeza.

—Hannah tiene un sentido del humor un tanto retorcido —dijo.

—Los Marling son muy raros y antipáticos —me explicó el tío Colin. Miró hacia su casa por la ventana de la cocina—. Son muy antipáticos y tienen dos perros todavía más desagradables.

—Hannah me dijo que no tenían perros —insistí.

El tío Colin adoptó una expresión de enfado.

—Dile a Hannah que deje de tomarte el pelo.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Quiere asustarte, Alex. No le hagas caso.

Sonó el timbre de la puerta. Hannah había llegado para acompañarme a la escuela.

Me alegraba poder salir de la casa. Todavía estaba enfadado por el hecho de que me hubieran encerrado.

No le conté nada a Hannah de camino a la escuela porque pensé que probablemente se reiría y le contaría a los demás que mis tíos se preocupaban tanto por mí que me encerraban en mi habitación. Tampoco le mencioné nada sobre los perros de los Marling. No quería volver a hablar sobre los hombres lobo. Había decidido que descubriría la verdad por mí mismo.

Cuando llegamos a la escuela, colgué la chaqueta en la taquilla y

me encaminé hacia la clase del señor Shein. Pero al doblar una esquina, Sean y Arjun me cortaron el paso.

Me habían estado esperando. Se movieron rápidamente y me obligaron a retroceder hasta que mi espalda chocó contra la pared. Les brillaban los ojos.

—¡Hola, Alex! —Sean me dio una palmada en el hombro.

—¿Has visto algún hombre lobo últimamente? —preguntó Arjun.

20

—Pues… —No sabía qué decir—. Pues… mis tíos…

¿Por qué me miraban de esa manera? ¿Querían asustarme?

Sean sonrió de manera muy extraña.

—¿Te lo pasaste bien en el bosque anoche? —inquirió.

—Sí. ¿Qué tal te lo pasaste? —preguntó Arjun—. ¿Cazaste algún hombre lobo?

Me los saqué de encima y me alejé de la pared.

—¿No fuisteis al arroyo anoche? —grité.

Ambos estallaron en risotadas.

—¡Claro que no! —exclamó Arjun—¿Por qué íbamos a querer ir al bosque tan tarde?

—Yo estaba completamente dormido a las doce —apuntó Sean, sonriendo.

Ambos se rieron y se felicitaron.

Todo había sido una broma. No habían ido al bosque por la noche. Nunca habían tenido intención de ir.

—¿Qué tal te lo pasaste? —preguntó Sean—. ¿Te sorprendiste al ver que no aparecíamos?

—Nada. No me acordé de vosotros —mentí—. ¿Sabéis por qué? ¡Porque estaba demasiado ocupado sacando fotos a un hombre lobo!

—¿Qué? —gritó Sean.

Ahora les tocaba a ellos sorprenderse.

Por supuesto, yo estaba mintiendo. Pero era imposible que supieran que no había ido al bosque.

—¿Qué viste? —preguntó Arjun con recelo.

—Seguí a un hombre lobo —le conté mientras hacía un gran esfuerzo para contener la risa—. Como me habíais explicado, vino al arroyo y bebió agua.

—¡Venga ya! —exclamó Sean.

—Sí. ¡Claro! —Arjun puso los ojos en blanco—. Lo viste en sueños.

—Puedo demostrarlo. Gasté todo un carrete de fotos —les aseguré.

—¡Enséñanoslas! —pidió Sean.

—Todavía no he revelado el carrete —respondí.

Me miraron fijamente, intentando discernir si estaba diciendo la verdad o no. Yo estaba a punto de echarme a reír, pero logré mantener la compostura.

Sonó la campana.

—¡Vamos a llegar tarde! —exclamó Arjun.

Fuimos corriendo al aula. Nos sentamos segundos antes de que el señor Shein entrara.

No me preguntéis qué explicó esa mañana porque no escuché nada de nada. Estaba pensando en Sean y Arjun. ¿Qué les diría mañana cuando me pidieran que les enseñara las fotografías del hombre lobo? ¿Tendría que admitir que les había mentido? No. Había ideado un plan mucho mejor.

—Voy a escaparme esta noche para sacar fotografías de la casa de los Marling —susurré al teléfono.

—¿Eh? ¿Eres tú, Alex? ¿Por qué hablas tan bajo? —La voz de Hannah retumbaba en mi oído.

Hablaba en voz baja porque en la casa de mis tíos sólo había un teléfono. Era un teléfono negro y antiguo que estaba sobre una mesa en la sala de estar. Mis tíos se encontraban en la cocina preparando la cena. Los veía desde el sillón en que me había desplomado.

—Hannah, me esconderé en el lateral de 1a. casa —susurré—. Y sacaré fotos de lo que salte por la ventana del dormitorio esta noche.

—¿Te duele la garganta? —me preguntó Hannah—. No te oigo,

Alex.

Me disponía a repetir lo que acababa de contarle, pero la tía Marta entró en la sala de estar.

—La cena está lista, Alex. ¿Con quién estás hablando? —inquirió.

—Con Hannah —respondí—. Tengo que irme —le dije a Hannah —. Te llamaré más tarde. —Colgué el auricular.

Esperaba que tal vez Hannah quisiera salir a medianoche y acompañarme. Decidí que tendría que proponérselo después.

Bostecé, como si tuviera sueño, y me fui a mi habitación poco después de la diez en punto. Al cabo de unos minutos, oí cómo cerraban la puerta desde fuera. Mis tíos me habían vuelto a encerrar.

Pero esta vez les había engañado. Ya lo había previsto todo. Poco antes de la cena había introducido un trozo de chicle en la cerradura, así que la puerta no estaba cerrada.

Me puse otro suéter y comprobé que la cámara estuviera bien. Esperé, con la mirada fija en el reloj de la mesita de noche. Antes de medianoche me colgué la cámara al hombro y abrí la puerta con facilidad. Salí de puntillas de la casa, bajo la luz de la luna, dispuesto a resolver el misterio de los Marling.

21

Eché una ojeada rápida a la casa de los Marling. Luego me volví y me dirigí corriendo por el césped húmedo hacia la casa de Hannah.

Las luces estaban apagadas. El viento movía la contrapuerta trasera, que estaba abierta como si me invitara a entrar.

Sin embargo, me dirigí hacia el otro lado de la casa, donde se encontraba la ventana del dormitorio de Hannah. El cristal reflejaba el color plateado de la luna y los árboles como si fuera un espejo. No veía el interior de la habitación, pero la ventana estaba abierta unos centímetros.

—¿Hannah? —susurré—. ¿Hannah, estás despierta?

Oí que alguien se movía y luego apartaba las cortinas.

—¿Quién está ahí? —preguntó Hannah, soñolienta.

—¡Soy yo! —murmuré, mientras me mantenía de puntillas—. Soy Alex. Acércate a la ventana.

—¿Alex? ¿Qué estás haciendo aquí? —inquirió.

—Quiero fotografiar a los Marling —le conté—. Sal y ven conmigo, Hannah.

—¿Eh? ¿Fotos? —respondió—. Pero es muy tarde, Alex. Estaba dormida y…

—Todas las noches oigo aullidos en su casa —le expliqué—. Y luego algo, o alguien, salta por la ventana del dormitorio y corre hacia el bosque. Mi tío dice que son los perros, pero…

—Te lo dije —me interrumpió—, los Marling no tienen perros. Son hombres lobo. Sé que no me crees, pero es la verdad. Tus tíos

saben que es cierto, pero no quieren que te asustes.

—Por eso quiero sacar las fotos —proseguí—. ¡Podría ser la primera persona del mundo que fotografía un hombre lobo! ¡Vístete, Hannah! ¡Venga! —le pedí—. Quiero que tú también lo veas.

—¡Estás loco, Alex! ¡Vuelve a casa! —me advirtió Hannah. Se acercó a la ventana. La abrió más y se asomó—. No voy a salir —repitió—. Es demasiado peligroso. Me contaste lo de los animales que viste destrozados, ¿no? Si los Marling te ven, ¡harán lo mismo contigo!

Al oír sus palabras, un escalofrío me recorrió la espalda. Pero estaba ansioso por resolver el misterio y sacar una buena fotografía.

—¡No nos verán! —señalé—. Nos esconderemos detrás de los arbustos que están en el lateral de la casa.

—No hables en plural —aseveró Hannah—. No pienso ir, Alex. Tengo miedo. Te lo repito, y vuelve a casa.

—¡Por favor! —le supliqué. Le agarré el brazo—. Sal, Hannah. Tú también quieres ver a los hombres lobo, ¿no?

—¡Ni hablar! —Se soltó—. Vuelve a casa, Alex —repitió—. Esto no es un juego y, además, es muy peligroso.

—Hannah… —comencé a decir.

Pero cerró la ventana.

Vi los árboles que se reflejaban en el cristal. Pensé que tal vez Hannah tuviera razón. Sentí otro escalofrío. «Tal vez estoy cometiendo un error. Tal vez sea muy peligroso. Si los Marling me atrapan…», pensé.

Sofoqué un grito: había oído un gruñido grave. Me quedé petrificado.

No necesitaba volverme. Lo sabía por el sonido.

Era un hombre lobo, y estaba detrás de mí.

22

Al oír otro gruñido grave, grité. Comencé a temblar y me flaquearon las piernas. Respiré profundamente, y me di la vuelta para enfrentarme a la criatura.

Pero no estaba allí. No había nadie.

Tragué saliva varias veces. Se me había secado la boca repentinamente.

Oí otro gruñido, y me di cuenta de que provenía de la parte trasera de la casa de los Marling.

«Están a punto de saltar por la ventana —me dije—. Esos son los sonidos que oigo cada noche antes de que salgan por la ventana. No me puedo quedar aquí en medio. ¡Me verán enseguida!»

Las piernas no me respondían. Sin embargo, apreté los dientes, respiré hondo e hice un esfuerzo para moverme.

Las zapatillas se deslizaban por el césped mojado. Resbalé, pero no me caí.

Me dirigí hacia los arbustos que separaban la casa de mis tíos de la de los Marling. Me arrodillé, jadeando. El corazón me latía tan deprisa que me dolía el pecho. Agaché la cabeza y sujeté con fuerza la correa de la funda de la cámara.

Escuché un aullido agudo y estridente que provenía del dormitorio de los Marling. La luz de la luna iluminaba el lateral de la casa.

El patio se veía casi con tanta claridad como cuando era de día. La escarcha hacía que todo reluciera.

Mirando por debajo de los arbustos, veía todas las hojas y el

césped cubierto de rocío.

Tiré de la cremallera de la funda de la cámara. Sabía que tenía que sacar la cámara deprisa. Pero las manos me temblaban tanto que fui incapaz de mover la cremallera.

Otro aullido me volvió a desviar la mirada hacia la ventana.

Se movió una sombra. Vi una pierna, y luego otra. Una silueta delgada cayó al suelo.

¡Todo ocurría tan deprisa! Era como si el tiempo pasase a cámara rápida.

Mientras miraba hacia la ventana, intenté abrir la funda de la cámara.

Otro cuerpo salió arrastrándose de la ventana del dormitorio de los Marling.

Había dos figuras en el suelo. Al estirarse, me di cuenta de que… ¡eran dos seres humanos! No eran lobos sino seres humanos.

¿Qué llevaban puesto? ¿Capas?

Dos oscuras capas de piel les cubrían la espalda y colgaban hasta el suelo.

Estaban de espaldas a mí, por lo que no podía verles la cara.

Con las manos en la cintura, se inclinaron hacia atrás, de lado a lado, como si estuvieran calentando y estirando los músculos para hacer deporte. Luego levantaron las cabezas en dirección hacia la luna y aullaron.

«¡Volveos! —supliqué en silencio mientras temblaba detrás de los arbustos—. ¡Por favor, volveos! ¡Quiero veros las caras!»

—¡Ooooh! —gemí perplejo, al ver que las capas de piel se movían a su alrededor y se enrollaban en sus cuerpos.

Entonces me di cuenta de que no eran capas sino pieles de animales cubiertas de pelo. Con brazos y patas.

Las pieles oscuras se ajustaban a las figuras humanas. El pelo se extendía por sus cuerpos, cubriéndoles la cabeza, las piernas, los brazos y las manos.

—¡Ooooh! —Temblaba tanto que dejé caer la cámara y me apreté el cuerpo con los brazos para no perder la calma.

Ambas criaturas volvieron a aullar, levantando los peludos brazos por encima de la cabeza. Luego, sin dejar de gruñir, se inclinaron hacia abajo y se pusieron de cuatro patas.

Ya no eran seres humanos. Eran animales, lobos…

Entonces me di cuenta de que Hannah tenía razón. Me había dicho la verdad. Los Marling eran hombres lobo. Se convertían en hombres lobo bajo la luz de la luna.

Jadeando, agarré la cámara. Volví a intentar mover la cremallera de la funda, y finalmente conseguí abrirla.

De repente, las criaturas se volvieron hacia mí. ¡Eran lobos!

Sus oscuros ojos estaban rodeados de pelo. Al abrir las fauces, vi que los dientes eran curvos como los de un animal.

Los Marling eran hombres lobo. ¡Humanos y lobos al mismo tiempo!

Los hombres lobo se acariciaron con el hocico, gruñendo con suavidad. Levanté la cámara y me arrodillé. Tenía que hacer la fotografía. «¡Hazlo ahora, Alex!», me ordené.

Pero las manos me temblaban tanto que no estaba seguro de poder sostener la cámara correctamente.

«¡Hazlo! ¡Hazlo!»

Elevé el visor hasta la altura del ojo. Me incorporé un poco más para sacar la fotografía por encima de los arbustos.

—¡Ay! —Mientras me incorporaba, una rama afilada me arañó la cara.

Y se me cayó la cámara, que al llegar al suelo emitió un ruido sordo.

Los dos hombres lobo se volvieron. ¡Y me vieron!

23

Me tiré al suelo. El corazón me latía con fuerza. Respiré por la boca, intentando permanecer inmóvil y no hacer ruido.

¿Me habrían visto?

Levanté un poco la cabeza y los miré por debajo de la rama más baja del arbusto.

Erguidos sobre sus patas traseras habían levantado los peludos hocicos y olisqueaban el aire.

¿Me habrían olido? ¿Sabrían que estaba escondido junto al arbusto? ¿Se lanzarían sobre el arbusto y me destrozarían con sus largas y plateadas zarpas?

Contuve la respiración y escudriñé por entre el follaje. Continuaban olisqueando y gruñendo ligeramente.

A continuación, se volvieron, se pusieron de cuatro patas y se dirigieron hacia el bosque.

Esperé hasta que dejé de oír los ruidos sordos que producían las zarpas y los gruñidos. Luego me deslicé boca abajo, alargué la mano y traje la cámara hacia mí.

¡La cámara! No había hecho ninguna fotografía. Ni una siquiera.

Me incorporé temblando y sequé el rocío que había en el objetivo de la cámara. Entonces, miré hacia el bosque.

«Tengo que seguirlos —me propuse—. Tengo que fotografiarlos. ¡Es una oportunidad única! ¡Si hago fotografías a hombres lobo de verdad, seré famoso!»

Me imaginé en las primeras páginas de los periódicos y en las portadas de las revistas. Pensé que expondrían mis fotos de los

hombres lobo en las mejores galerías de arte y de fotografía. Además, supuse que mis tíos se sentirían muy orgullosos de mí.

Entonces un escalofrío me recorrió la espalda. Mis tíos estarían en el bosque en esos momentos, fotografiando animales nocturnos.

¿Sabrían que había dos hombres lobo sueltos? ¿Sabrían que dos hombres lobo merodeaban por el bosque, buscando víctimas?

Me di cuenta de que no estaban a salvo en el bosque. Era consciente de que seguir a los hombres lobo era una locura muy peligrosa. Sin embargo, tenía dos motivos de peso para hacerlo.

Tenía que sacar algunas fotografías, y avisar a mis tíos del peligro que corrían.

Mientras miraba en la dirección por donde se habían marchado los hombres lobo, guardé la cámara en la funda y me la colgué al hombro. Acto seguido, comencé a correr por el patio trasero hacia el bosque, siguiendo el rastro de las pisadas recientes que había en el césped cubierto de escarcha.

Me adentré entre los árboles y seguí el serpenteante sendero. La luz de la luna se filtraba entre las hojas de las copas de los árboles y formaba extrañas y espeluznantes figuras en el suelo.

No tuve que caminar mucho para encontrar a los dos hombres lobo. Apenas había pasado junto al árbol que parecía un anciano encorvado y arrugado, oí el gruñido de un animal. Después, el estridente grito de ataque.

Me detuve y observé lo que sucedía escondido tras un arbusto. Vi cómo los dos hombres lobo abrían las fauces, levantaban las zarpas y saltaban.

«¡Han atrapado a alguien!», pensé yo aterrorizado.

¿Quién era la víctima? ¿Mi tía? ¿Mi tío?

24

Los dos hombres lobo luchaban con su presa.

Oí un estridente balido de dolor. Luego vi cuatro pezuñas que se alzaban en el aire. Entonces me di cuenta de que no habían atrapado a un ser humano sino a un ciervo, a un cervatillo.

«Lo van a matar —me dije—. Lo van a destrozar. ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo puedo salvar al cervatillo?»

Estaba tan asustado que era incapaz de pensar con claridad.

Incliné la cabeza hacia atrás y aullé con todas mis fuerzas. El grito resonó por todo el bosque.

Los hombres lobo se detuvieron. Levantaron la cabeza y se volvieron hacia mí.

El cervatillo aprovechó para incorporarse. Se sacudió, como un perro después de bañarse, y se escabulló.

Los hombres lobo olisquearon el aire con violencia. No parecían haberse dado cuenta de que el cervatillo se había escapado.

Sus ojos brillaban, inyectados en sangre, bajo la pálida luz de la luna.

Se volvieron mientras emitían gruñidos furibundos. Bajaron la cabeza y se dirigieron hacia mí.

25

Retrocedí tambaleándome. Estaba demasiado asustado como para moverme. Además, no me daba tiempo de huir.

El suelo parecía temblar bajo las garras de los hombres lobo.

Abrí la boca, dispuesto a gritar, pero no logré emitir sonido alguno.

Los hombres lobo abrieron las fauces. Sus ojos rojos centelleaban, como si fueran de fuego.

Levanté los brazos para protegerme, preparado para atacar.

Sin embargo, los hombres lobo se volvieron súbitamente hacia la derecha, y empezaron a correr.

Habían visto un pequeño conejo marrón. ¡Los hombres lobo se habían olvidado de mí para perseguir a un conejo!

Gruñendo con furia, inclinaron la cabeza hacia abajo, y atraparon fácilmente al conejo. La pequeña criatura apenas opuso resistencia.

Uno de los hombres lobo le partió el cuello, mientras el otro le mordió el vientre con avidez.

Con la respiración entrecortada, agarré la funda y saqué la cámara con un movimiento rápido. Me temblaba mucho la mano mientras levantaba la cámara para acercarme el visor al ojo. Pero la equilibré con ambas manos. Apreté el botón e hice una fotografía. Y luego otra.

Fotografié a los hombres lobo destrozando al conejo. Después hice fotos mientras se lo comían.

Cuando hubieron acabado, no quedaba ni rastro del conejo. Se

relamieron los dientes, se volvieron y desaparecieron entre los árboles.

Sosteniendo la cámara con ambas manos, comencé a seguirlos. Supongo que estaba un tanto aturdido. Sé que no pensaba ni actuaba con sensatez. De hecho, no pensaba en absoluto.

Los dos hombres lobo habían estado a punto de atraparme. Habrían acabado conmigo igual que habían acabado con el conejo. No obstante, sabía que tenía que seguirlos. Debía quedarme en el bosque.

Tenía que avisar a mis tíos. Debía encontrarles y explicarles que estaban equivocados y que Hannah estaba en lo cierto: los Marling eran hombres lobo.

Tenía que advertirles de que corrían un gran peligro. Y debía sacar más fotografías.

¡Había pasado tanto miedo! El corazón me latía violentamente y me temblaban las piernas y los brazos, No me encontraba bien. Tenía la sensación de estar fuera de mí, como si estuviera observándome desde el exterior. Pero sabía que no podía regresar a casa hasta que mis tíos estuvieran a salvo.

Me mantuve a una distancia prudente de las criaturas, la suficiente como para esconderme detrás de un árbol o un arbusto si miraban hacia atrás. Sostenía la cámara en alto, preparado para hacer más fotografías.

Los hombres lobo se acercaron al arroyo. Les vi agachar la cabeza y beber agua ávidamente con la lengua.

En esos momentos no parecían humanos. Sus cuerpos se habían transformado en cuerpos de lobo. En sus rostros no advertí nada que pareciera humano. Sus brillantes ojos eran propios de un animal.

Bebieron en el arroyo largo rato, supuse que para digerir con facilidad la cena. Sostuve la cámara con firmeza y tomé varias fotografías.

Deseé que Hannah me hubiera acompañado. Quería que alguien estuviese a mi lado para presenciar lo que yo estaba viendo en esos momentos.

Me moría de impaciencia por regresar a casa y decirle que tenía razón: los Marling eran hombres lobo de verdad.

Las dos criaturas levantaron la cabeza de repente, se volvieron y olisquearon el aire. ¿Me habrían olido? ¿O se trataba de otra presa?

Me escondí detrás de un grueso tronco y contuve la respiración. Cuando me asomé con cuidado para observarles, habían comenzado a caminar junto al arroyo. Esperé a que hubieran recorrido un buen trecho para salir con sigilo de detrás del tronco y me fui detrás de ellos.

Seguí sus pasos durante toda la noche. Acabé un carrete y luego comencé otro. Los fotografié mientras se erguían sobre sus peludas patas traseras y aullaban a la luna. También les saqué varias fotografías mientras devoraban pequeños animales.

De paso buscaba a mis tíos para avisarles del peligro que corrían en el bosque.

Mientras perseguía a las criaturas, asustado y entusiasmado a la vez, perdí la noción del tiempo. Todo parecía un sueño. Nada era real.

Finalmente, vi un rayo de sol en el suelo. Para mi asombro, estaba a punto de amanecer.

Los hombres lobo se movían lentamente. Ya no corrían, sino que caminaban.

Mientras salían del bosque en dirección hacia el patio trasero de su casa, se irguieron sobre las patas traseras y se tambalearon de forma extraña.

Me quedé junto a los árboles, ya que tenía miedo de acercarme demasiado. El cielo brillaba cada vez más mientras el sol ascendía. Si los hombres lobo se giraban, me verían enseguida.

Levanté la cámara. Me quedaban muy pocas fotografías en el carrete.

Los dos hombres lobo se tambaleaban sobre las patas traseras mientras se dirigían hacia el lateral de la casa. Estiraron los brazos peludos y levantaron la cara hacia el sol resplandeciente.

—¡Oh! —exclamé sin querer. Dejé escapar un grito de asombro al ver cómo se quitaban la piel. El pelo parecía despegarse.

Las zarpas y el pelaje desaparecieron de las manos, que volvieron a adoptar forma humana. Mientras los miraba boquiabierto, el pelaje negro se despegó de sus brazos y patas, y luego del resto del cuerpo.

Estaban de espaldas a mí.

Las pieles se convirtieron de nuevo en capas. Ambos seres humanos se las quitaron de los hombros.

«¡Voy a ver a los Marling!», pensé.

Dejaron caer al suelo las capas de piel de lobo. Por fin se volvieron, y les vi la cara.

26

Cuando la luz del amanecer les iluminó el rostro, estuve a punto de gritar de miedo e incredulidad.

El tío Colin v la tía Marta se estiraron los músculos, se peinaron los cabellos canos y se agacharon para recoger las pieles de lobo. ¡Mis tíos eran hombres lobo!

El tío Colin lanzó una mirada hacia el bosque. Me escondí detrás de un árbol. ¿Me habría visto? No.

Temblé de arriba abajo. Tenía ganas de chillar: «¡No! ¡No! ¡Esto no puede ser verdad!» Pero me apreté contra el árbol y mantuve la boca bien cerrada. Tenía que evitar que me vieran. No tenían que saber que yo conocía la verdad.

Sentía la humedad del tronco liso del árbol en la frente. Tenía que pensar e idear un plan. ¿Qué debía hacer? Sabía que no podía quedarme más tiempo con ellos. No podía vivir en una casa habitada por dos hombres lobo.

¿Adónde podía ir? ¿Quién me ayudaría? ¿Quién me creería?

Observé a mis tíos mientras enrollaban las pieles de lobo. Luego el tío Colin ayudó a la tía Marta a entrar por la ventana del dormitorio de los Marling. Una vez hubo entrado, el tío Colin la siguió.

—¡Los Marling! —murmuré. ¿Estarían bien? ¿O mis tíos les habían hecho algo terrible?

Al cabo de unos minutos, mis tíos salieron por la ventana. Después fueron corriendo hasta su casa y entraron.

Me quedé un rato junto al tronco del árbol, observando las dos

casas y reflexionando. ¿Estaban los Marling durmiendo en su casa? ¿Sabían que habían entrado dos hombres lobo? ¿Eran ellos también hombres lobo?

Quería escapar. Tenía ganas de ponerme a correr por la calle y no parar hasta alejarme de aquel lugar. Pero tenía que descubrir la verdad sobre los Marling. No podía marcharme sin antes haberla averiguado.

Me quedé observando las dos casas durante un buen rato, pero no vi a nadie.

Me alejé del árbol y me dirigí hacia el patio trasero de los Marling. Me escondí detrás de unos arbustos y fijé la mirada en la casa de mis tíos. Las persianas de su dormitorio estaban bajadas.

Conteniendo la respiración, fui corriendo hasta la ventana del dormitorio de los Marling. Me encaramé al alféizar y escudriñé el interior. Estaba oscuro, por lo que no podía ver nada.

—¡Allá voy! —murmuré para darme ánimos—. ¡Buena suerte, Alex!

Subí al alféizar y entré en el dormitorio. Pasaron varios segundos antes de que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad.

Lo que vi a continuación me asombró tanto como el hecho de descubrir que mis tíos eran hombres lobo.

No vi nada. El dormitorio estaba prácticamente vacío. Apenas había muebles. No había cuadros ni espejos en la pared. No había ninguna alfombra sobre el suelo polvoriento.

Al girarme hacia la puerta del dormitorio, vi las dos pieles de lobo. Estaban enrolladas y colocadas la una junto a la otra delante del armario.

Respiré profundamente y me desplacé con sigilo hasta la puerta abierta. Asomé la cabeza y vi el vestíbulo. También estaba vacío y oscuro.

—¿Hay alguien en casa? —pregunté con un hilo de voz—. ¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

Silencio absoluto.

Recorrí el vestíbulo hasta llegar a la parte delantera de la casa. Miré en todas las habitaciones, que estaban vacías y cubiertas por una gruesa capa de polvo.

Entré en la sala de estar, donde no había muebles ni lámparas.

¡Daba la impresión de haber estado deshabitada desde hacía muchos años!

—¡Eh! —grité al darme cuenta de cuál era la verdad. La voz resonó en las paredes desnudas.

«Aquí no vive nadie —me dije—. ¡Los Marling no existen!»

Mis tíos se lo habían inventado todo. Utilizaban la casa para esconder las pieles de lobo. Se habían inventado lo de los Marling para que nadie entrara allí.

Los Marling no existían. ¡Todo era mentira!

Tenía que avisar a Hannah. Pensé que nadie estaba a salvo en los alrededores.

Recordé a mis tíos mientras devoraban al pequeño e indefenso conejo o mientras atacaban al cervatillo.

Tenía que contárselo todo a Hannah y su familia. Luego tendríamos que alejarnos de aquel lugar; cuanto más lejos, mejor.

Me di la vuelta y recorrí rápidamente la casa vacía. A continuación, salí por la ventana del dormitorio y me dirigí hacia el patio trasero.

El sol rojizo apenas sobresalía por encima de las copas de los árboles. El rocío brillaba sobre el césped.

—Hannah, espero que estés despierta —murmuré—. Y si no lo estás, bueno, tendré que despertarte.

Me alejé de la casa de los Marling y comencé a correr hacia la de Hannah.

Había dado seis o siete pasos cuando me detuve sobresaltado al oír la voz de la tía Marta.

—Alex, ¿qué demonios estás haciendo ahí fuera?

27

Al darme la vuelta, me flaquearon las rodillas y estuve a punto de caerme. El suelo parecía moverse hacia arriba y hacia abajo.

La tía Marta, que estaba, en la puerta de la cocina, me preguntó:

—Alex, ¿qué haces levantado tan temprano? ¡Hoy es sábado! —Entornó los ojos y me miró con recelo.

—Yo… pues… —Estaba temblando tanto que no podía hablar.

—¿Adónde ibas tan deprisa? —inquirió. Vi al tío Colin detrás de ella.

—A casa de Hannah —logré responder—. Quería hablar con ella sobre los disfraces de Halloween.

La miré a la cara. ¿Me habría creído? Tuve la impresión de que no.

—Es muy temprano para ir a casa de Hannah —me reprendió—. Entra a la cocina y desayuna primero, Alex.

Vacilé. La cabeza me daba vueltas.

¿Debería empezar a correr y alejarme de aquel lugar? ¿Podría llegar muy lejos antes de que me atraparan? Mis tíos eran hombres lobo. Si me cazaban, ¿qué me harían? ¿Sería yo su desayuno?

Decidí que no debía escapar corriendo. Todavía no. Antes tenía que hablar con Hannah.

Mientras regresaba lentamente hacia la casa, tía Marta no apartaba los ojos de mí. Tío Colin me dio los buenos días. También me clavó la mirada.

—Temprano, ¿no? —preguntó en voz baja.

Asentí y me senté junto a la mesa.

—Marta y yo trabajamos toda la noche —informó el tío Colin. Bostezó—. Hicimos algunas fotografías realmente buenas.

«¡Eso es mentira! —quería gritar—. Os seguí. Vi lo que hicisteis. ¡Sé lo que sois!»

Pero no dije nada sino que me limité a contemplar el tazón de cereales.

«¡Estoy desayunando con dos hombres lobo! —pensé, mientras se me revolvía el estómago—. Mis tíos recorren el bosque por las noches y matan y destrozan animales. ¡No puedo quedarme aquí!», me dije. Comencé a ponerme en pie, pero el tío Colin me puso la mano en el hombro.

—¡Cálmate, Alex! Desayuna con tranquilidad —me pidió en voz baja.

—Pero… —No sabía qué decir. Estaba demasiado asustado como para comer. Quería que me quitara la mano del hombro. Hacía que todo mi cuerpo temblara.

—Es Halloween —dijo el tío Colin—. Esta noche saldrás hasta muy tarde.

—Que te aproveche —intervino mi tía.

Me observaban mientras desayunaba. No sonreían. Me estaban estudiando fríamente.

«Saben que les seguí —pensé—. Saben que estoy al corriente de su secreto. No van a dejar que me vaya.»

—Eh… tengo que ir a ver a Hannah —me disculpé, intentando fingir que estaba tranquilo y alegre. Retiré la silla hacia atrás y comencé a incorporarme.

Pero el tío Colin volvió a colocarme la mano sobre el hombro. Me agarró con fuerza y no me soltó.

—¡Alex, ven conmigo! —me ordenó.

28

No me quitó la mano del hombro en todo el camino hacia el garaje. Andaba deprisa y sin articular palabra.

Me pregunté si podría soltarme y escaparme. ¿Llegaría muy lejos?

Finalmente, me soltó. ¿Qué pensaba hacer?

—Siento mucho haberos seguido —susurré—. No… no le contaré a nadie lo que vi.

No me había oído. Se había ido a buscar al rincón del garaje un aparato con un mango muy largo. Lo empujó hacia mí.

—Necesito tu ayuda —me pidió—. Hay mucho trabajo en el patio.

Tragué saliva.

—¿Trabajo en el patio?

El tío Colin asintió.

—Esta máquina sirve para cortar las malas hierbas. ¿La has utilizado alguna vez?

—No. La verdad es que no —confesé. El mango temblaba en mi mano.

—Es muy fácil —afirmó—. Quiero que cortes todas las hierbas que hay detrás del garaje.

—Sí. De acuerdo —respondí, sintiéndome cada vez más mareado.

—Y procura que las hierbas no caigan en el patio de los Marling —advirtió—. Estoy seguro de que te estarán observando para luego poder quejarse de ti.

—No te preocupes —respondí.

«¡Los Marling no existen!», quería gritar.

—Te ayudaré —se ofreció el tío Colin mientras se secaba el sudor de la frente con la palma de la mano—. Le enseñaremos a estos hierbajos una lección que nunca olvidarán. —Sonrió por primera vez.

Me pregunté si se habría dado cuenta de que yo sabía la verdad.

¿Era ésa la razón por la que me obligaba a quedarme en la casa?

Mi tío y yo estuvimos todo el día trabajando en el patio.

Cada vez que descansaba, le pillaba mirándome con frialdad, estudiándome.

Estaba tan asustado que tenía ganas de soltar las herramientas y echar a correr.

Pero no podía huir sin antes avisar a Hannah y a su familia. Tenían que saber que corrían un gran peligro.

No vi a Hannah hasta después de la cena. Entró en la casa cuando estábamos acabando.

—¿Y bien? ¿Qué tal estoy? —preguntó. Iba disfrazada de muñeca de trapo y giró sobre sus talones hasta dar una vuelta completa para que pudiéramos verla bien.

—¡Estás maravillosa! —exclamó efusivamente la tía Marta.

Hannah me miró frunciendo el cejo.

—¿Dónde está tu disfraz, Alex? Venga. ¿Todavía no estás listo?

—Eh… está arriba —respondí—. No tardaré mucho en ponérmelo. Eh… ven a ayudarme, ¿vale?

La empujé hasta que llegamos a mi habitación.

—Será una gran noche de Halloween —afirmó—. La noche de la luna llena.

Entramos en la habitación y cerré la puerta precipitadamente.

—Tenemos un grave problema —le advertí.

—¿Un problema? —se extrañó Hannah; jugueteaba con el trapo que se le había caído sobre la frente.

—Sí. Mis tíos son hombres lobo.

—¿Eh? —Abrió los ojos como platos—. ¿Qué has dicho?

Le expliqué todo. Le conté susurrando todo lo que había visto la noche anterior.

—Esconden las pieles de lobo en la casa de los Marling —

concluí.

—Pe-pero los Marling… —comenzó a decir Hannah tartamudeando.

—¡Los Marling no existen! —grité—. La casa está vacía. La utilizan para esconder las pieles de lobo.

Hannah me miró boquiabierta durante un buen rato. Le temblaba la barbilla.

—Pero… ¿qué vamos a hacer? —preguntó—. Tus tíos… parecen tan buenos. Siempre se han portado muy bien conmigo.

—¡Son hombres lobo! —grité—. Se lo tenemos que contar a tu familia. Tenemos que irnos de este lugar lo antes posible y pedir ayuda. Tendremos que contárselo a la policía.

—Pero… pero… —tartamudeó Hannah con una expresión de miedo.

De repente, se me ocurrió otra idea.

—¡Espera! —exclamé—. Hannah, ¿qué dijo el señor Shein sobre las pieles de los hombres lobo? ¿No dijo que si alguien las encuentra y las quema, los hombres lobo morirían?

Hannah asintió.

—Sí. Eso es lo que dijo. Pero…

—Pues eso es lo que haremos —grité exaltado—. Iremos a la casa de al lado y…

—Pero supongo que no quieres matar a tus tíos, ¿no? —preguntó Hannah.

—Oh. No. Claro que no —respondí—. Estoy tan asustado que soy incapaz de pensar con claridad. Había pensado que…

—¡Espera un momento, Alex! —exclamó Hannah mientras me agarraba del brazo—. Sé lo que podemos hacer. ¡Se me ha ocurrido un plan que podría funcionar!

29

Oí a mis tíos en la sala de estar. En el exterior, la luna llena comenzaba a salir por detrás de los árboles. Jirones de nubes negras la atravesaban como si fueran serpientes.

Hannah me empujó hacia el fondo de la habitación.

—¿Y si escondemos las pieles? —me preguntó entusiasmada.

—¿Esconderlas? —susurré—. ¿Para qué?

—Tus tíos no las encontrarán —me respondió Hannah—. La noche pasará y no podrán convertirse en hombres lobo.

—¡Si pasan toda la noche sin la piel, tal vez se curen! —grité.

Hannah asintió.

—Vale la pena intentarlo, Alex. Podría funcionar y… No. Espera. Se me ha ocurrido una idea mejor. ¡Nos pondremos las pieles!

—¿Qué has dicho? —pregunté—. ¿Que nos pongamos las pieles? ¿Por qué?

—Porque tus tíos buscarán las pieles por todas partes —respondió Hannah—. Las buscarán en cada casa, en cada garaje, en cada patio. ¡Pero nunca imaginarán que las llevamos puestas! ¡Sería el último lugar donde se les ocurriría buscar!

—Entiendo —respondí—. Y nos mantendremos alejados de ellos para que no nos vean hasta que amanezca.

No estaba muy seguro de que fuera un buen plan. Hannah y yo estábamos demasiado asustados como para pensar con calma.

Tal vez podríamos curar a mis tíos si pasaban toda la noche sin las pieles.

—¡Intentémoslo! —accedí.

—De acuerdo —replicó Hannah—. Date prisa y ponte el disfraz de pirata. Lo mejor será que tus tíos no sospechen nada. Mientras te vistes, iré a la casa de los Marling y me pondré una de las pieles de lobo.

Me empujó hacia la cama, en la cual yo había apilado todas las prendas viejas.

—Date prisa. Se está haciendo tarde. Te esperaré detrás del garaje. Te traeré tu piel de lobo.

Hannah salió de la habitación. Oí que se despedía de mis tíos y que les decía que yo iría a su encuentro más tarde.

La puerta principal se cerró.

Hannah se disponía a ir a la casa de al lado a buscar las pieles.

Me puse tan deprisa como pude una vieja y raída camiseta, unos pantalones rasgados y un pañuelo en la cabeza.

Al oír un ruido en la puerta, me di la vuelta.

—¡Tía Marta! —grité.

Se quedó en la puerta, mirándome con el ceño fruncido.

—No funcionará —dijo, mientras negaba con la cabeza.

—¿Eh? —murmuré.

—Alex, no funcionará —repitió.

30

Mi tía entró en la habitación rápidamente.

No podía moverme ni tenía tiempo para escaparme.

—No funcionará. A ese disfraz le falta algo —comentó la tía Marta, negando con la cabeza—. Necesitas un poco de maquillaje y algunas manchas negras en la cara. ¡Algo que te ensucie!

Me eché a reír. Había pensado que la tía Marta había escuchado nuestro plan. ¡Pero lo único que quería era que mi disfraz resultara más convincente!

Mi tía tardó varios minutos en maquillarme. Luego rebuscó en los cajones hasta encontrar un gran aro dorado, que me colgó de la oreja.

—Así. Ahora estás mucho mejor —afirmó, sonriendo—. Venga, date prisa. Hannah te está esperando.

Le di las gracias y salí corriendo. Hannah me esperaba detrás del garaje, disfrazada con la piel de lobo.

Me sorprendí al verla. Se me hacía extraño verla con los ojos rodeados de pelaje.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó. La piel de lobo amortiguaba el sonido de su voz.

—Tía Marta, quiso arreglarme el disfraz —respondí—. ¿Qué tal se está ahí dentro?

—Pica mucho —se quejó—. Y hace calor. Toma. —Hannah me dio la otra piel de lobo—. ¡Date prisa! ¡Póntela! La luna ya está muy alta. Tus tíos irán a buscar las pieles dentro de muy poco.

Hundí la mano en el grueso pelaje. Lo desenrollé y lo sostuve en

alto.

—Allá voy —susurré—. Quería disfrazarme de hombre lobo para la noche de Halloween. Supongo que al final lo he conseguido.

—¡Date prisa! —me instó Hannah—. No quiero que nos vean.

Me coloqué la piel de lobo encima del disfraz de pirata. Me quedaba un poco estrecha, sobre todo en las piernas. Sin embargo, la cabeza encajaba perfectamente con la mía.

—Tienes razón. Pica mucho —me quejé—. Y me va muy justo. ¡No sé si podré caminar!

—Al cabo de un rato se da un poco de sí —susurró Hannah—. ¡Venga! ¡Vámonos de aquí!

Nos dirigimos hacia el patio trasero. Luego giramos y fuimos corriendo por el lateral de su casa hasta llegar a la calle.

Oí voces no muy lejos de allí. Los chicos gritaban e iban pidiendo caramelos por las casas.

—Tal vez estemos a salvo con ellos —sugerí—. Si encontramos un grupo y nos mezclamos con ellos…

—Buena idea —respondió Hannah. Cruzamos la calle.

Empezaba a sentir mucho calor. Tenía la frente empapada de sudor.

Caminamos un buen trecho. Pero la mayoría de los muchachos eran más pequeños que nosotros. No encontramos ningún grupo de muchachos de nuestra edad.

Después de doblar la esquina, seguimos caminando hasta llegar al siguiente barrio.

—¡Mira quién está allí! —exclamó Hannah, al tiempo que me agarraba el brazo con fuerza.

Miré hacia donde Hannah me indicaba y vi a una mamá y a un robot que se dirigían hacia una casa con bolsas de caramelos.

—Son Sean y Arjun —gritó Hannah.

—Vamos con ellos —sugerí. Comencé a correr por el césped del patio de la casa, agitando la zarpa—. ¡Hola, chicos!

Sean y Arjun se volvieron y nos miraron.

—¡Esperad! —grité.

Ambos chicos chillaron. Dejaron caer las bolsas que llevaban y salieron corriendo a toda velocidad mientras gritaban pidiendo ayuda.

Hannah y yo nos detuvimos y observamos cómo huían.

—¿Crees que les habremos asustado? —preguntó Hannah, riéndose.

—Creo que un poco —respondí.

Nos reímos. Pero no todo lo que hubiéramos querido.

De repente, oí unos pasos apresurados detrás de nosotros. Al volver la vista, dejé escapar un grito sofocado al ver que mis tíos se nos acercaban corriendo.

—¡Ahí están! —gritó el tío Colin—. ¡Que no se escapen!

31

Me quedé petrificado, aterrorizado, al ver a mis tíos corriendo hacia nosotros con tanta desesperación.

—¡No os mováis! —suplicó la tía Marta—. ¡Necesitamos las pieles!

Las piernas no me respondían. Entonces Hannah me dio un empujón, y empezamos a correr.

Atravesamos varios patios y terrenos vacíos. Luego entramos en el patio trasero de una casa y salimos por una abertura que había en un seto.

Mis tíos nos seguían de cerca a toda velocidad y gritaban mientras corrían.

—¡Devolvednos las pieles! ¡Devolvednos las pieles!

Seguimos corriendo. De repente empecé a ver borroso. Las pesadas zarpas de la piel golpearon con fuerza en el suelo. Tenía que hacer un gran esfuerzo para no perder el equilibrio. El sudor se deslizaba por mi cara y caía en el grueso pelaje.

Continuamos atravesando patios traseros a oscuras. Finalmente, aparecieron ante nosotros los inclinados árboles del bosque.

Hannah y yo nos adentramos en el bosque. Seguimos corriendo entre los árboles y la maleza.

Mis tíos continuaban detrás nuestro, sin dejar de gritar.

—¡Devolvednos las pieles! ¡Devolvednos las pieles!

Subimos a una pequeña colina poblada de coníferas. Sentía las piñas bajo las pesadas zarpas. Algunas caían colina abajo. Hannah tropezó y cayó de rodillas, pero se incorporó rápidamente.

—¡Devolvednos las pieles! ¡Devolvednos las pieles!

Los gritos eran cada vez más estridentes.

Luego, de repente, dejamos de oírlos.

Parecía como si el mundo hubiese dejado de dar vueltas. Era como si el viento hubiese dejado de soplar.

Sentía el silencio. Mis tíos ya no gritaban.

Hannah y yo nos volvimos, jadeando.

—La luna… —me susurró Fíannah con la respiración entrecortada—. La luna llena, Alex. Está muy alta. Debe de estar en su punto más alto.

Mientras me hablaba, mis tíos se dejaron caer de rodillas. Inclinaron hacia atrás la cabeza. Y cuando la blanca luz de la luna iluminó sus caras, vi sus expresiones de dolor y terror.

Emitieron varios aullidos prolongados y lastimeros, los cuales se convirtieron en chillidos espantosos. Se agarraron el pelo con ambas manos y cerraron los ojos. Continuaron chillando de dolor.

—Hannah… ¿qué hemos hecho? —grité.

32

Mis tíos continuaban chillando sin dejar de tirarse del pelo.

Luego, de repente, bajaron las manos y cerraron la boca. Parecía como si una sensación de calma se hubiera apoderado de ellos.

Mientras Hannah y yo les mirábamos, mis tíos se ayudaron mutuamente a incorporarse. Después se peinaron el uno al otro.

Cuando nos miraron, estaban llorando.

—¡Gracias! —gritaron los dos.

—¡Gracias por salvarnos! —exclamó el tío Colin.

Subieron corriendo la colina y nos abrazaron con alegría.

—¡Nos habéis librado de la maldición! —explicó la tía Marta mientras las lágrimas se deslizaban por su rostro—. La luna ha alcanzado su punto más alto y no nos hemos transformado. ¡Colin y yo ya no somos hombres lobo!

—¿Cómo podremos agradeceros lo que habéis hecho? —preguntó el tío Colin—. ¡Sois tan maravillosos! ¡Y tan valientes!

—¡Tan acalorados! —me quejé—. ¡Ya no aguanto más aquí dentro!

Todos se rieron.

—¡Volvamos a casa! —gritó la tía Marta—. ¡Lo celebraremos a lo grande!

Regresamos a la casa, riendo y bromeando. Mis tíos entraron por la puerta de la cocina.

—¡Haré donuts caseros! —prometió la tía Marta—. ¡Y unos buenos tazones de chocolate caliente! ¿Qué os parece?

—¡Fantástico! —exclamamos Hannah y yo al unísono.

Cuando Hannah se disponía a entrar en la cocina, la retuve.

—¿Por qué no vamos a la casa de al lado a dejar las pieles? —propuse—. Nadie las necesitará. Podríamos dejarlas en la casa abandonada.

Hannah vaciló. Parecía asustada ante la idea de entrar de nuevo en la casa vacía y oscura.

Yo fui corriendo hasta la casa de los Marling. Quería quitarme la piel de una vez por todas.

Subí al alféizar y entré por la ventana del dormitorio. La tenue luz de la luna iluminaba el suelo desnudo. Hannah entró detrás de mí.

—¿Alex? —me llamó.

Justo cuando comenzaba a quitarme la pesada piel de lobo, vi que había algo junto al armario. Me acerqué, y me di cuenta de que una piel de lobo yacía en el suelo.

—¿Eh? —dejé escapar un grito de asombro, y me volví hacia Hannah—. ¿Cómo puede haber una piel de lobo aquí? —pregunté—. Sólo había dos, ¿no? Tú te pusiste una y me diste la otra.

Hannah avanzó algunos pasos hasta situarse junto a mí. Me clavó la mirada.

—No me puse la piel que estaba en esta casa, Alex —confesó en voz baja—. Utilicé la mía. La conseguí anoche.

—¿Eh? —grité—. No lo entiendo.

—Ya lo entenderás —susurró.

Me golpeó con las pesadas zarpas delanteras para tirarme al suelo. Luego se abalanzó sobre mí y hundió los dientes en mi pecho.



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.